

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelmas*

5

La Novela Semanal Cinematográfica



LOS  
ENEMIGOS  
DE LA MUJER

por  
Alma Robens  
y  
Lionel Barrymore

UNA PESETA

BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelmas*

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Layetana, 17. Teléfono 4423 A-BARCELONA

## LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

Argumento de la película de esta quincena, basado en la novela  
de V. Blanco Blanes

Interpretado por los grandes artistas

ALMA RUBENS y LIONEL BARRYMORE



Joaquín Horta, impresor  
Gerona, 11 - Barcelona

# LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

---

(PRODUCCIÓN GOLDWYN COSMOPOLITAN)  
SELECCIÓN ÓPTIMA DEL

Programa Vilaseca y Ledesma S. A.

Prohibida  
la reproducción

GRAN VÍA LAYETANA, 83.  
BARCELONA.

## I

El palacio del príncipe Lubimoff, lleno de músicas y de risas de mujeres, destella en medio de la noche con todas sus luces encendidas.

En el magnífico salón donde el aristócrata celebra sus orgías fastuosas, mujeres galantes y damas de la nobleza rusa ofrecen sus gracias al potentado que más de una vez dió un collar de perlas por un beso y una fortuna por satisfacer un capricho.

Tiene la sala del festín la forma circular de una rotunda. A un lado yérguese la figura de



la farsa, gigantesco muñeco de rostro oculto tras la carátula trágica, cuyo cuerpo ondula con movimientos lentos, mientras sus brazos extendidos suben y bajan dando el compás a las cortesanas que, tendidas en una plataforma, hacen ostentación de su belleza con el desnudo descaro de bacantes en una fiesta pagana.

Se espera al Príncipe. Su presencia ha de señalar el instante del desenfreno de las pasiones, cuando los instintos desatados buscan los cauces de la locura para sumergirse en las aguas densas de los placeres.

Bailan las cortesanas obedeciendo al ritmo de la orquesta. Sus estatuas formas de madres del amor y del vicio, apenas si se velan con gasas de fina transparencia. Los reflejos de náctes y de rosas de sus brazos y de sus gargantas desnudas adquieren una fuerte tonalidad al resplandor de las lámparas.

Sin embargo, estas mujeres no parecen alegres. En sus rostros de líneas perfectas, hechos para excitar el deseo, alternan las expresiones de la voluptuosidad, de la codicia y del hastío, los tres pecados capitales que más acercan a sus víctimas a la muerte y al crimen.

Pero ellas bailan, sometidas al yugo del señor que las domina con la fuerza de su riqueza, que puede salvarlas de la miseria con su prodigalidad y calmar sus ansias de lujo con su desprendimiento.

Todas son prodigiosamente bellas. No se



*El príncipe Lubomirski...*

Lucius Barrymore.

advierte ni una incorrección en sus facciones ni en sus cuerpos. Esbeltas y graciosas, semejan flores del jardín de Eros cogidas por el Príncipe en sus horas de tedio con la esperanza de hacer renacer dentro de sí el ansia de gozos.

La presencia del Príncipe animó la fiesta. Era él un hombre alto, de mirada dura, aitivo continente y asperto desdenoso. Se llamaba Miguel Fedor Lubimoff. Nacido en la opulencia, habíase educado en la convicción de que un aristócrata no tiene otros deberes que la persecución de sus propios gustos, para cuya satisfacción no existían más límites que los que le impusiera su voluntad.

Al entrar en la sala dirigió una mirada de cansancio sobre las mujeres y sus invitados, tomó luego asiento y dijo:

—Lo de siempre... No acaba de lograr que mis fiestas sean distintas unas de otras. Sin duda la inventiva del hombre es muy reducida.

Atilio Castro, un español alejado de su país desde muy joven, compañero inseparable del Príncipe porque *tiene todos los vicios y ningún defecto*, preguntó inclinándose hacia Miguel:

—¿Por qué habláis así? La fiesta de esta noche será comentada en San Petersburgo como algo superior a todo lo imaginable.

Don Marcos de Toledo, español también, supuesto general del ejército carlista y protegido del Príncipe, aseveró:

—Es verdad lo que dice el amigo Castro. Nada comparable a esta fiesta... La imagi-

nación, fecunda en recursos, de los Emperadores romanos de la decadencia, no fué capaz de idear un espectáculo como el que habéis organizado, Príncipe.

¡Bah!—exclamó el Príncipe.

Miguel sonreía oyendo los elogios de sus amigos; pero la sonrisa que esbozaron sus labios de hombre hastiado, murió al poco bajo un tedio cuyas sombras no disipaba la contemplación de las bellezas que aquella noche adornaban los salones de su palacio.

El Príncipe sentíase cansado de todo. Su juventud había consumido todas las formas del placer. Ahora acontecía con frecuencia, en medio de sus festines, sufrir las acometidas del cansancio de los sentidos, enervados por los fatigazos de las sensaciones violentas.

Demasiado rico, de inteligencia cultivada en los campos del pecado y con una sensibilidad de eslavo refinado que había descendido a todos los abismos, Lubimoff no hallaba ya en la vida nuevas formas de placer, pues sus labios habían apurado, hasta vaciarla, la copa de todos los delirios.

Acompañado de Atilio Castro y de don Marcos de Toledo, sus inseparables, recorriera el mundo de oriente a occidente buscando estímulos que animasen sus días con el aliciente de placeres desconocidos.

De regreso en Rusia quiso adornarse con una corona de escándalo y, para conseguirlo, organizaba estas fiestas.



Castro observó que el Príncipe no se complacía viendo la danza de las cortesanas, y pretendió halagarlo diciéndole:

Yo admiro sus originalidades, Miguel. Colecciona usted mujeres lo mismo que otros millonarios coleccionan porcelanas valiosas.

—Es igual—repuso Lubimoff—. Ellos y yo nos aburrirán. Sin duda el secreto de la felicidad no debe residir en la posesión de riquezas con que satisfacer todos nuestros caprichos.

—¿Dónde hallarla entonces?—preguntó Atilio.

—¿Quién sabe?... De todos modos, nosotros estamos más cerca de la verdadera dicha que los que nada tienen.

—Ya era hora de que dijeseis algo razonable—afirmó don Marcos de Toledo.

—¿Creeis entonces que puedo decir muchas tonterías?

De los tres, el general era el más viejo. Debía rondar los cincuenta, aun cuando procurase aparentar menos edad excediéndose en el arreglo de su persona.

—Vuestra última conquista no parece satisfecha de hallarse aquí—añadió el general señalando al Príncipe una mujer de extraordinaria elegancia.

—¿Quién?—preguntó Miguel.

—¡La hermana del césar!—exclamó Atilio. Lubimoff se levantó y fué hacia ella.

—¡Ana Ivanova!—la llamó.

La joven se detuvo.

—¿Qué queréis de mí?

—¿Por qué no os reís como rien todas mis amigas?

—Mi risa ha muerto desde que os he conocido.

El Príncipe le indicó con un gesto ambiguo



—... Amor termina siempre dando o tomando dinero... y yo sólo un muy distinto amor.

a las mujeres que le tendían los brazos con los ojos brillantes y las bocas húmedas.

Ella torció la cabeza.

—¿Estáis triste?—siguió preguntándole Miguel.

Ella entonces le envolvió en una mirada de honda desesperación, arrancóse de un brazo

una pulsera de platino y brillantes, y dijo entregándosela a Lubimoff:

—Guárdese esto... Amor termina siempre dando o tomando dinero... y yo soñé un muy distinto amor.

Apartóse de él con paso firme y seguro. Ana, como tantas otras, había sido engañada, y al darse cuenta del engaño huía del hombre que la tricionó en sus ilusiones de amante trocando sus promesas por un poco de oro.

El defecto más intolerable de las mujeres dijo Lubimoff dirigiéndose a Castro — es que jamás comprenden cuándo han dejado de interesarnos... porque acabaron sus encantos o porque empezó nuestro hastio.

—La generosidad de usted es la culpable repuso el español—. Sus culas y sus joyas son la causa de que esas desdichadas os busquen, y todas se arrojan en vuestros brazos con la esperanza de llegar a ser las únicas que dominan en vuestro corazón.

Pues me parece que se equivocan.

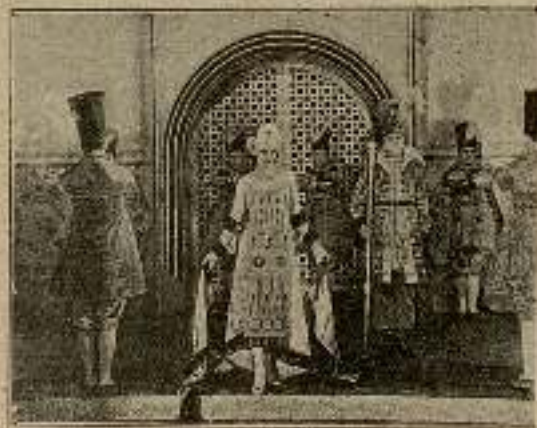
Seguido de Castro, el Principe pasaba cerca de las mujeres sin mirarlas apenas, como si ya no le interesasen sus encantos.

Voces claras y sensuales lo llamaban de todas partes, pero él no respondía a estos ruegos, cuyo sentido le había sido revelado tantas veces.

Las puertas que daban a los salones de la fiesta abriéronse en aquel instante, dando paso a una mujer que acababa de llegar en auto,

Era Alicia, la duquesa de Lille, prima del Principe.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Por el rostro de Lubimoff extendiéndose una expresión de complacencia al verla.



Se había detenido en lo alto de la escalinata, dejando resbalar de sus hombros al suelo la capa que la cubría.

Se había detenido en lo alto de la escalinata, dejando resbalar de sus hombros al suelo la capa que la cubría. Era hermosa, con una belleza más perturbadora que correcta. Su tez dorada, sus ojos rasgados y su abundante cabellera le daban un encanto exótico.

Miguel se apresuró a saludarla.



¿Cómo has venido sin avisarme?

—Supe que dabas una fiesta—contestó Alicia—y retrasé, por asistir a ella, mi viaje a París.

—Pues temo que te aburras aquí... porque



—Supe que dabas una fiesta y retrasé, por asistir a ella, mi viaje a París.

no ignora, querida prima, que se te tiene por haber vivido tanta como yo.

Alicia mostró un asombro estudiado.

—Sólo una mujer extraordinaria—dijo—podía hacer que la envidia se exaltara hasta preferir tal injuria.

Cerca de la duquesa de Fille, Lubimoff pa-

reía otro hombre, como si ella le infundiese con su presencia nueva vida, alumbrando las fuentes de su vigor y de su entusiasmo.

Se habían conocido muy jóvenes, en París; pero entonces no fueron buenos amigos. Sus caracteres chocaron desde el primer momento, y aunque la madre de la joven intentó aproximarlos acariciando el deseo de hacer de su hija la esposa de un Príncipe, ellos, sintiéndose incompatibles, sostuvieron unas relaciones apenas amistosas a las que puso fin una escena violenta.

Castro, que vigilaba la conducta del príncipe se aproximó a don Marcos de Toledo y le dijo en voz baja:

—Creo que Miguel está mas interesado por ella que lo que él mismo se figura.

—Pues sería una lástima que se dejase coger... La Duquesa es demasiado peligrosa.

—¿Y qué fué de su marido?

—Ella le paga cinco mil francos mensuales para tenerle alejado de su vida—explicó don Marcos.

Se trata sin duda de un hombre que conoce el valor del dinero—dijo con ironía Castro.

—No es él el único.

El general guiñó los ojos y llevóse un dedo a los labios.

En los salones, la fiesta decaía. Se bailaba aún pero las mujeres, que el Príncipe pagaba para divertirse, adivinaban en Alicia una rival



invencible y sus danzas ya no trataban de agradar a Lubimoff, que no les hacía caso, atento sólo a su prima, cuya vida galante sembrara de escándalos todas las capitales de Europa.

—¿Qué impresión te ha producido mi país?— le preguntó Lubimoff.

—Tus rusos—contestó Alicia—son un poco exagerados, lo mismo en la tristeza que en la alegría. Para ellos no existe el término medio.

—¿Prefieres entonces la farsa de las costumbres occidentales?

Hasta cierto punto, Miguel... Pero vosotros no podéis olvidar vuestra ascendencia asiática.

—Gracias por tu elogio—dijo el príncipe inclinándose.

La duquesa de Lille era hija de una mejicana casada con un lejano pariente de la madre de Lubimoff. Poseedora de una inmensa fortuna, habiase unido en matrimonio con un francés, el duque de Lille, más viejo que ella, y del que se separó al poco tiempo de casarse.

Su viaje a Rusia obedecía a un capricho, satisfecho el cual cesaban los motivos de su permanencia en la antigua Moscovia.

Mas antes de regresar a París quiso ver a su primo, hacia el que se sentía atraída con toda la intensidad de unos deseos a los que nada detenía.

La historia aventurera del Príncipe, conocida de Alicia; sus viajes por Oriente, sus éxitos amorosos y sus orgías fantásticas exci-

taban a la Duquesa, mientras él era víctima también de la misma atracción que ella ejercía sobre todos los hombres.

Los dos, cada uno en su condición de codiciosos de placeres, arrancaron lágrimas de sangre a sus semejantes, despertando en ellos las mejores esperanzas y sumiéndolos luego en la desesperación.

Allí estaba Ana Ivanova, la última mujer a quien Miguel había engañado. La pobre joven, perdida en su pena, andaba como una sombra por los salones. Su alma de esclava soñaba con la venganza acordándose de su hermano, el oficial cosaco que en aquella hora, como respondiendo a sus deseos, cabalgaba a la fantástica luz estelar, sobre la albuza de la estepa nevada, dirigiéndose al palacio de Lubimoff.

Anete en uno de sus caballos infatigables de las orillas del mar Caspio, el cosaco devoraba la distancia impelido por el afán de defender su honor en peligro.

Descabalgó a las puertas del palacio, en el que quiso entrar a la fuerza, rompiendo la resistencia que le opusieron los servidores del Príncipe.

Oyendo el ruido de la lucha, Miguel preguntó:

—¿Quién es?

—Un oficial cosaco.

—Dejadle pasar—ordenó.

La primera mujer que el cosaco vio al entrar en los salones, fué su hermana. Corrió a ella y la estrechó en sus brazos.

—¡Ana! ¡Hermana mía!... ¿Dónde está ese hombre?

Los ojos del oficial descubrieron a Lubimoff.

—Eso es—le dijo Ana—. ¿Qué vas a hacer?

—Ahora lo verás.



—He viajado durante veinte días para venir a decirle a usted que debe casarse con mi hermana!

El cosaco avanzó hasta el Príncipe y plantóse delante de él, mirándole agresivamente, en actitud de reto.

—¡Soy el hermano de Ana Ivanova!

Lubimoff se inclinó.

—Tanto gusta.

—He viajado durante veinte días—añadió

el cosaco—, para venir a decirle a usted que debe casarse con mi hermana!

Sin inmutarse, casi sonriente, el príncipe denegó con la cabeza.

—Yo no pienso casarme—dijo.

Con un movimiento rapaz, el cosaco cogió la gran cruz de la reina Catalina que lucía sobre el pecho del príncipe y la arrancó de un tirón.

—¡Una insignia de honor—exclamó—no debe hallarse nunca sobre el pecho de un malvado!

El rostro de Lubimoff cambió, adquiriendo una fealdad salvaje. Apretó los brazos, que tenía cruzados, y con voz a la que no asomaba la cólera que le mordía, dijo:

—Como usted quiera. Ventilaremos este asunto en seguida: ¿no os parece?

—¿Por las armas?—preguntó el cosaco.

—¡Por las armas!

El Príncipe señaló sus amigos al oficial, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Tendrá usted inconveniente en aceptar por padrino a uno de mis amigos?

Ninguno.

Lubimoff llenó dos copas, ofreció una al oficial y, siempre imperturbable, brindó:

—¡A la salud de un hermano como ya no se estilan, y porque nada pueda separarnos... sino la muerte!

En seguida volvióse al general, diciéndole:

—¡Marcos, las sables!



Alicia aproximóse entonces a Lubimoff.

Miguel, piensa que el Czar no te perdonará este duelo, que puede significar la Siberia para ti. ¿le rogó.

—¿Tienes miedo? le preguntó él.

—Sí, tengo miedo de que pierdas la vida en este encuentro.

—¿Y qué más da perderla ahora que en otra ocasión!

Alicia insistió:

Ven conmigo... ¡No te batas con ese cosaco!

—Perdona, querida prima, que por esta vez te desalre.

La duquesa de Lille, temblorosa y admirada, despojose de un aro de oro que ceñía su muñeca y se lo puso a Lubimoff.

—Ya que es inevitable dijo, — lleva esta pulsera contigo... Ella te dará buena suerte.

Acababan de traer los sables. El oficial se acercó al Príncipe y le dijo:

—Debo advertirle que soy el mejor sable del ejército siberiano.

Sonrió Lubimoff y repuso:

Mejor... De este modo, si muero, no será por torpeza mía sino por habilidad de usted.

Y, dirigiéndose a sus invitados, añadió:

Si queréis venir al parque, asistiréis a una diversión inesperada.

Todos se precipitaron a las puertas. Cada uno deseaba llegar el primero al jardín. Anunciaban el espectáculo.

La duquesa de Lille avisó a un criado para que llevase la siguiente orden a sus servidores:

—Digales a mis agentes que estén preparados para correr hacia la frontera al primer aviso.

El jardín estaba cubierto de nieve. Aun ora de noche, y la luna fugitiva le iluminaba con



...y los sables de Lubimoff y del cosaco se cruzaron.

unos rayos diagonales, extendiendo desmesuradamente las sombras de los árboles.

El general don Marcos de Toledo vió llegar a varios criados llevando grandes bandejas con botellas y copas. Miguel se inclinó ante el enemigo con los ojos brillantes de amabilidad y de alcohol.

—¿Quiere usted beber algo más?

Dió las gracias el cosaco en voz baja y comenzó a desvestirse, quedando con el pecho desnudo y sin otras ropas que los pantalones y las altas botas. Luego se inclinó y, cogiendo



Lubimoff era el único que estaba en pie. Con un golpe de punta había cortado la yugular a su adversario.

dos puñados de nieve, empezó a frotarse el tronco un poco angosta, y los brazos nervudos.

Imitó el Príncipe y los dos enemigos quedaron frente a frente.

Don Marcos, nombrado juez de campo, dió la señal para que comenzase el duelo, y los sables de Lubimoff y del cosaco se cruzaron.

El Príncipe con paso firme y el otro con agilidad felina, se atacaban, buscándose y esquivándose. Pronto sobre sus troncos extendieron unas casacas de púrpura.

Nadie osaba intervenir; el duelo era sin



—Os lo encomendamos, Duquesa—dijo el general acompañándola.

misericordia, sin descanso, sin otra condición definida que la muerte de uno de los dos.

De pronto oyóse un aullido de dolor.

Lubimoff era el único que estaba en pie. Con un golpe de punta había cortado la yugular a su adversario.



Miró a Alicia, que había presenciado la lucha sin casi respirar, y le dijo:

—Supongo que te habrá parecido animado el espectáculo.

Las fuerzas que lo habían sostenido hasta entonces, le abandonaron, y sintiendo caer de golpe sobre él todo el cansancio de la lucha, toda la pérdida de sangre de sus venas, desplomóse a su vez.

La duquesa de Lille apresuróse a dar órdenes para que alzasen a su primo del suelo.

—Dejad que me lo lleve... Puedo tenerle fuera de Rusia antes de que llegue la mañana.

—Os lo encomendamos. Duquesa—dijo el general acompañándola.

Todos los curiosos abandonaron el jardín siguiendo al desmayado Príncipe, que Alicia acomodó en su *auto* partiendo con el camino de la frontera.

—Hasta pronto—saludó Atillio Castro al ponerse en marcha el *auto*.

Y sobre la tierra, que llamó el rey salvista *morada de la eternidad*, la nieve comenzó a tejer un piadoso sudario al cadáver del oficial cosaco.

Transcurría el verano del año 1914. Los protagonistas de nuestra novela vivían en París, la gran ciudad corazón del mundo, cuyos latidos parecen dar la norma de la existencia universal. Lubimoff y la duquesa de Lille, refugiados en la capital de Francia después de su huida de Rusia, habían comenzado a escribir los primeros capítulos de una historia de amor.

Inesperadamente la atmósfera entrecizada de la política internacional fué surcada por el grito de guerra, y la más alegre de las capitales europeas despojóse de sus ropas adornadas con los cascabeles de la risa para vestir la armadura del guerrero.

La amenaza había venido de la otra orilla del Rin. El Emperador de Alemania, dominado por un sueño de megalómano, aspiraba a convertirse en dueño de los destinos del viejo continente, arrojando sus tropas contra Francia a través de Bélgica, y conmoviendo el mundo con sus gestos de héroe de leyenda.

El pueblo francés, víctima de Prusia en la guerra del 70, recordaba el ultraje de entonces, y, convocado al toque de peligro, apilóse en haces formando batallones que corrieron a oponerse al avance de las tropas germanas.

Habíase iniciado la recluta de voluntarios, y en las calles de París se daba el espectáculo de la generosidad de los hombres que se ofrecían encendiendo la antorcha del patriotismo, para luchar contra el invasor.

En una de las avenidas de la ciudad, la duquesa de Lille tenía su palacio, suntuoso como un joyero, destinado a guardar el ocio y la vanidad de su dueña.

Era una casa de dos pisos, con un pequeño parque rodeado de una verja. Todas sus habitaciones, ricamente adornadas, revelaban los gustos exquisitos de Alicia, cuya sensualidad sabía manifestarse en todos los actos de su vida.

En el primer piso vivía la Duquesa y en el segundo la servidumbre, pues esta mujer, con ser sola, necesitaba rodearse de muchos criados para atender a su complicado servicio de aristócrata exigente, loca y caprichosa.

A media mañana, Alicia había recibido el aviso de que su marido nominal, Gastón de Lille, el hombre que hiciera mercadería de su título y de su dignidad de hombre, deseaba hablarla.

Alicia no disimuló el enfado que le produjo la noticia.

—¿Qué es lo que querrá?—se preguntó.

Alto y un poco seco, Gastón de Lille poseía una gran distinción. Separado de su mujer por expreso acuerdo de los dos, supo vivir aún aceptando la pensión que ella le pasaba, sin



Las manos temblorosas de Alicia estrujaron con furia la carta.



bajeza. Un motivo secreto había que le obligaba a aceptar el dinero que Alicia le daba todas las meses.

A pesar de sus años, se conservaba bien. Tenía arrogancia su figura, y sólo las canas que embanquecían su cabeza y las arrugas de sus ojos, delataban su edad.

Inclinóse ante su mujer, a la que esperaba desde hacía media hora.

—Creí que no quería usted recibirme—dijo el marido saludándola.

—¿Cuánto necesita usted, Gastón?—preguntó ella suponiendo que él venía a pedirle dinero.

El Duque tuvo un gesto de extrañeza, que Alicia no observó.

—¿Dinero?... No entiendo.

Ella deseaba despedir pronto al Duque y dijo:

—Dígame lo que necesita... pero recuerde que ya se ha excedido de la suma que constituye su asignación mensual.

—Pero si yo no vengo a pedirle a usted nada!—exclamó Gastón.

—¿Pues por qué ha venido entonces?

—Ahora lo sabréis.

La carta que entregó a su mujer el Duque, fué la respuesta de éste.

Alicia recorrió apresuradamente la misiva, delatando un asombro que iba en aumento a medida que se acercaba a la firma.

—¿Cuándo ha venido?—preguntó alzando los ojos y fijándolos en su marido con mal contenido despecho.



—Lo comprendo, Alicia. Teme usted que, con su hijo a su lado, no la encuentre Labanoff tan fascinadora.

—Hace tres días.

—¿Y ha sido usted quien le aconsejó que me escribiera esta carta?

Gastón no contestó.

—¿Qué trastorno!

Alicia volvió a leer lo que le escribía su hijo, el hijo de ella y del Duque, alejado de sus padres a poco de nacer, y que acababa de regresar de Suiza, donde se había educado.

Mi hijo espera una respuesta—indicó el Duque.

—De ningún modo debe venir aquí—exclamó Alicia.

—Ese es también mi deseo... No fui yo sino el quien habló primero de usted. Me preguntó por su madre y me dijo que quería verla... Procuraré disuadirle para que renuncie a sus filiales propósitos.

—Y, sin embargo, insiste en venir a verme.

Las manos temblorosas de Alicia estrujaron con furia la carta.

—¡Compréndalo usted!—exclamó—. ¿Voy a permitir que el mundo sepa que tengo un hijo de diez y seis años, cuando, precisamente para que el mundo lo ignorase, procuré tenerlo oculto todos esos años en un colegio?

—Lo comprendo, Alicia. Temo usted que, con un hijo a su lado, no la encuentre Lubinoff tan fascinadora.

—Hasta, Gastón, ya hemos hablado bastante—replicó ella con insolencia—. Hace tiempo que convinimos que nuestras vidas seguirían

el rumbo que más nos agradase, sin que ninguno de los dos pusieramos al otro obstáculos en su camino.

Alicia oprimió el botón de un timbre.

—Acompañe al señor—dijo al criado que se presentó a su llamamiento.

Saludó el Duque a su mujer y salió.

En las calles resonaban los gritos de las multitudes que aclamaban a los soldados. Grupos de hombres, vistiendo el uniforme por primera vez, desfilaban encaminándose a los lugares de concentración.

La vida de París sufría las sacudidas del gran suceso que iba a trastornar el mundo. Se cantaba la Marsellesa, oíanse gritos de victoria presagizando el triunfo, y el ardor heroico apoderábase de la muchedumbre enardecida.

Miguel Feder con sus amigos Atilio Castro y el general don Marcos de Toledo, que se le habían reunido poco después de su fuga de Rusia, hablabanse en la terraza de un café.

Era el Príncipe uno de esos hombres que solo viven para sí mismos, ajenos a las realidades circundantes, sin interesarse nunca ni en las alegrías ni en los dolores de sus semejantes. Su formidable egoísmo le encerraba dentro de sí, cegando sus ojos a todo lo que no fuera su propia persona y odiando a los hombres cuando la conducta de éstos desviaba el curso de su existencia obligándole a cambiar sus planes.



Pasaron por delante de la terraza unos destacamentos, seguidos de entusiastas que los vitoreaban.

—Estoy viendo que ese histrión germano va a trastornar seriamente nuestros planes veraniegos—dijo Lubimoff.

El general Toledo protestó de estas palabras, acordándose de su condición de viejo soldado.

—Pero Miguel... ¡eso es la guerra!

—Sí, ya lo veo... Es la guerra. ¿Y qué quiero usted decirme con eso?

Que usted, seguramente, pensará hacer algo—añadió don Marcos.

—Seguramente... Pienso ir a tomar el té con la duquesa de Lille.

Atilia Castro celebró la frase con una carcajada, que molestó vivamente al general.

—Bravo, Príncipe!

—Estas cosas son más serias de lo que parecen, amigo Castro.

—Para el Príncipe y para mí no son sino motivos de molestia—repuso Castro.

—No pueden comprenderlo—lamentóse el general.

Don Marcos adoptó una actitud de franco desdén para su paisano y volvió los ojos hacia los nuevos grupos de soldados que pasaban rodeados por una multitud enloquecida de hélica entustasana.

Lubimoff se levantó. Las gentes corrían cortando las nubes de la terraza y tropezando unos contra otros. El Príncipe statiese empu-

jado más de una vez, y más de una vez tuvo que hacerse fuerza para no contestar con un golpe a los empujones que recibía.

—Vámonos dije—. Esto comienza a ser odioso.



Esperaba la visita de Lubimoff de un momento a otro.

Montaron en auto, y el Príncipe dió al conductor las señas del palacio de la duquesa de Lille.

A la misma hora, Alícia recibía la sorpresa de que sus criados se presentasen a ella para despedirse.

—Pero ¿por qué se van ustedes?

—Somos soldados, señora, y partimos para incorporarnos a nuestras banderas.

—¿Y van a dejarme sola?

Esperaba la visita de Lubimoff de un momento a otro, y dábase cuenta del trastorno que implicaba en sus costumbres quedarse sin servidores.

Los criados se encogieron de hombros.

—¿Qué le vamos a hacer, señor!

—Les ruego que no se marchen sin huscar antes otros sirvientes que los substituyan a ustedes.

—Va a ser muy difícil... Todos los hombres aptos para el servicio de las armas se disponen en estos momentos a presentarse en los cuarteles.

—Mucho lo dudo —maliciosa la Duquesa.

Alicia expresó su disgusto con un ademán roto y seco, despidiendo a los criados.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo—. Hoy seré yo quien sirva a Miguel... Acaso esto sirva para aumentar su cariño por mí.

El *auto* del Príncipe corría entonces hacia el palacio de la Duquesa. En la revuelta de una calle se detuvo, obedeciendo la orden de un suboficial al que acompañaban algunos soldados.

—Tengan la bondad de bajarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Lubimoff.

El suboficial se acercó al coche.

—Tienen ustedes que dejar el *auto* —dijo.

—¡Hombre! —exclamó el Príncipe con asombro—. ¿Y eso?

—Orden terminante, señor. Todos los autos están pedidos para el ejército —explicó el militar.

Lubimoff y sus acompañantes abandonaron el coche, en el que montaron el suboficial y los soldados.

—Tenemos que seguir nuestro camino a pie —dijo el Príncipe—. ¡Nos han fastidiado!

—¡Es la guerra! —afirmó con solemnidad don Marcos.

Lubimoff miró a su protegido, que se calló las razones que hubiera deseado exponer justificando la conducta del Gobierno francés.

—Bueno, señores, nosotros nos despedimos aquí... Yo tengo que dejarles para ir a saludar a mi prima.

El Príncipe estrechó las manos de sus amigos.

—Hasta la noche.

Sin que nadie le saliera al encuentro, Miguel entró en el palacio de Alicia. Le produjo cierta perplejidad no hallar criados a su paso y se detuvo. ¿Cómo ni por quién hacerse anunciar a la Duquesa?

Esperó unos instantes. Luego, venciendo sus vacilaciones, pasó de unas habitaciones a otras, buscando alguno de los servidores de Alicia.

Ni el más ligero rumor alteraba el silencio del palacio, que daba la impresión de estar deshabitado. Lubimoff parecía indeciso. Pensó en volverse atrás. Tenía la impresión de ser un intruso en aquella casa solitaria.



Oyó un ruido de sedas a sus espaldas y se volvió, viendo a su prima que se le mostraba como una graciosa aparición que venía a concluir con sus indecisiones.

—Buenas tardes, querido primo.

El le besó la mano, que ya no abandonó, porque ella lo llevaba tras de sí conduciéndole a un saloncito coquetón, reservado para las horas alegres.

—¿Y esta soledad?—preguntó Miguel.

—Todos mis criados—dijo Alicia—se han sentido héroes en menos de una hora y me han abandonado.

—Ahora lo comprendo—repuso Lubimoff acordándose de su perplejidad al encontrarse solo dentro del palacio de su prima.

—¿Aceptarás que te sirva yo misma?

—Encantado.

Alicia tendióse en un largo diván y señaló sitio, a su lado, al Príncipe.

—Empiezo a creer que mis criados me han hecho un favor al despedirse.

—¿Por qué?—preguntó Lubimoff.

Ella se encasó con una gracia de gata y repuso:

—Porque así será más íntima nuestra entrevista y no hay temor de que nadie nos interrumpa.

—En ese caso, yo seré el favorecido—repuso Lubimoff.

Toda su gentileza de amante y de gozadora



—Ahora lo comprendo—repuso Lubimoff acordándose.

se exaltó, enlazando sus manos con las de Miguel y acariciándolas.

Luego cogió una laza de te de una mesita y se la entregó a Lubimoff, estremando sus actitudes amorosas, en un abandono de mujer apasionada y vehemente.

El Príncipe, sintiéndose dueño de la voluntad de aquella mujer, manteníase dentro de los límites de una corrección acaso un poco fría, pero que ella sabía cómo vencer.

Esperaba que hubieses venido antes—dijo Alicia.

—Y así hubiera sucedido, si fuese dueño de mi año.

—No entiendo...

—Lo entenderás si te digo que, cuando venía hacia tu casa, fui detenido por un suboficial que, en nombre del Gobierno, se llevó mi coche, obligándome a seguir mi camino a pie.

—¿De modo—lamentó Alicia—que nos dejan sin criados y además se apoderan de nuestros años?... ¡Pues sí que se hace agradable vivir en París!

—Es la guerra, como dice don Marcos.

Para estos dos seres no existía nada que no fuera ellos mismos. Ignoraban que la vida suele imponer obligaciones en cuyo cumplimiento los hombres hallan las verdaderas razones que justifican y dignifican la existencia.

Lubimoff y Alicia no comprendían los motivos por los que los pueblos se lanzan al

sacrificio para salvar el patrimonio de su libertad amenazada, y sólo advertían el trastorno que representaba para sus costumbres quedarse sin criados que los sirviesen y *aufas* que facilitarán sus cambios de un lugar a otro buscando escusa mejor a su egoísmo.

Acabaron de tomar el té, y Alicia volvió a coger con las suyas las manos de Lubimoff.

Abstraídos en las manifestaciones de su amor, no oyeron el eco que en las salas del palacio levantaban los pasos de un joven que había entrado impulsado por algo superior a la irreflexiva decisión de los años mozos.

Un poco tímido y un poco inseguro de su conducta, el joven recorría las salas abriendo todas las puertas y mirando con avidez, como si buscasse algo que le interesase mucho encontrar.

Fisgaba con elocuente curiosidad detrás de las cortinas, impacientándose a cada fracaso.

De pronto entró en el salón en que se encontraban Alicia y el Príncipe.

La duquesa de Lille al verlo adivinó quien era y miró con temor a su primo, que se había levantado denotando profundo despecho.

—¡Oh, ya vea!—exclamó Lubimoff—. Sientes la atracción de la juventud.

Ella nada repuso. Estaba anonadada.

¿Te vas?—se atrevió a preguntarle.

—No quiero impedir con mi presencia que se vaya tu amado.

Salió el Príncipe, sin volverse a saludarla.



Alicia se dirigió entonces al joven con aire impetuoso.

—Perdón, señora... Buscaba a mi madre.

La duquesa de Lille contempló al joven airadamente y con voz seca le dijo:



—Tu madre soy yo.

—Tu madre soy yo.

El quiso entonces abrir sus brazos, pero ella le detuvo con un gesto.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

La frialdad y altivez de la pregunta llenaron de angustia el alma del mozo, que había llegado al palacio de su madre con un íntimo deseo de recibir sus besos, de conocer las cari-

das de la mujer que le había dado la vida...

—He abandonado el colegio—dijo litu-beando—para luchar por Francia.

Dió unos pasos como para salir, abandonando la casa donde faltaba la ternura que había venido a buscar. Aquella mujer debía mentir diciendo que era su madre. ¿Cómo, sino, no lo apelmía en sus brazos llamándole hijo?

Alicia vio que se marchaba, y de pronto, como si la corteza de egoísmo que acorazaba su corazón se rompiese haciéndolo palpitante con latidos nuevos, se abalanzó al joven, gritando:

—¡Gastón! ¡Hijo mío!

El se dejó abrazar con los ojos abiertos por una alegría inaudita, balbuciendo palabras de ternura, estrechándose contra la madre que al fin le reconocía.

Durante algunos instantes no hablaron. Alicia sentíase nacer a otra vida, que iluminaba su espíritu descubriéndole un mundo nuevo lleno de la luz con que lo alumbraban las miradas del hijo.

—¿Por qué has venido?—le preguntó ella pasados los primeros trastornos de efusión.

—Me apresuré a volver a la patria para servir como voluntario en cuanto supe que se había declarado la guerra.

Alicia volvió a abrazarlo, tal que si quisiera defenderle del peligro a que la lucha lo iba a arrojar.

—¡Dios mío, temo perderte!— exclamó.

Ella ya no era la Duquesa conocida por sus escándalos, la mujer fastuosa que contaba sus días por amantes, sino la madre llena de ternura que se daba por entero a su hijo, tratando de rescatar sus años de olvido en unos momentos.

—Mi niño—decía acariciándole.

Y sus labios cubrían de besos la frente del hijo.

—¡Lláname mamá!—le rogaba—. Quiero oírte decir muchas veces.

El unió su rostro al de su madre.

—¡Cuanto he pensado en ti, en la soledad del colegio!... Sabía lo que papá me decía, pero nunca llegaban a mí palabras tuyas, y esto me causaba inmensa tristeza.

—Pues ahora no volveré a separarme de ti. Siempre me tendrás a tu lado...

Se calló viendo aparecer a su marido, que vestía uniforme de oficial.

—¿Vienes, Gastón?

Alicia dióse entonces cuenta de que se iban a llevar al hijo que había recobrado y al que debía los sentimientos más puros de su alma. De nuevo le abrazó, gritando a su marido:

—¡Es mi hijo! ¡El mío!... ¡Dámelo!

El Duque salió, disponiéndose a esperar, y otra vez Alicia y Gastón gustaron las alegrías de su cariño.

Transcurrieron algunas instantes. El Duque comenzaba a impacientarse.

Todo el amor que Alicia restara a su hijo durante tantos años, surgía ahora con locas vehemencias, al saber que iba a ofrecer el pecho a la muerte.

—¡Mi niño! ¡Mi pequeño!—decía.



—Es mi hijo! ¡El mío!... ¡Dámelo!

No quería separarse de él, reteniéndolo en sus brazos, sin acordarse de su marido, que esperaba.

Cuando al fin, después de un último desesperado abrazo, Alicia separase del lecho de sus entrañas, el padre y el hijo salieron juntos, dejando en el palacio una mujer completa-



mente distinta, que se quedaba sola con su dolor de madre pensando en su pequeño Gastón, para el que únicamente viviría desde entonces.

Por las amplias avenidas de la Villa Luz desbordaba en alegres clamores el entusiasmo patriótico.

Cuerpos completos de ejército desfilaban seguidos de una multitud febril, que abrazaba a los soldados animándolos a luchar en defensa de Francia. El aliento vigoroso de la victoria dilatava los pechos. Las noticias del avance alemán constituían un incesante estímulo para que acudiesen los voluntarios a alistarse con el fervor de los que sienten el amor de la patria. El pueblo, con una sola voluntad, respondía a los requerimientos del Ministerio de la Guerra corriendo a buscar el uniforme que los consagrara como salvadores del país. Se rivalizaba en ardor. Todos querían ser héroes, y ningún obstáculo detenía a los valientes.

París, la gran ciudad de la inteligencia y del vicio, se iluminaba como un faro gigantesco destinado a mostrar a la Humanidad el camino que debía seguir para salvarse.

El príncipe Miguel Fedor era de los pocos a quienes los bélicos preparativos molestaban.

Para el Príncipe, el cambio de costumbres de la capital de Francia implicaba otro cambio en las suyas, y como él no conocía otra razón de vivir que la de su egoísmo, denostaba a los pueblos que se lanzaban a la lucha.

—¡Empiezo a odiar a París!—decía a sus amigos.

—¿Por qué?—preguntó Castro—. París siempre será una hermosa ciudad.

El recuerdo de la escena que aquella tarde tuviera lugar en el palacio de la duquesa de Lille por la inesperada presencia del joven a quien él suponía amante de su prima, había irritado el carácter de Lubimoff.

—¡Empiezo a odiar la guerra!—añadió—. ¡Y a las mujeres!... Mañana mismo nos marcharemos a nuestra villa de la Riviera.

Quería huir de aquel París sacudido por entusiasmos que él no sentía, y que amenazaba derrumbarse entre el estruendo de los cañones y los gemidos de los moribundos.

Mientras los pueblos en guerra parecía que iban a sepultarse bajo un diluvio de metralla, en un pequeño rincón de Europa, Monte-Carlo, reuníanse los parásitos y los ladrones, todos los que se nutrían con los restos del naufragio en la inmensa ola de sangre y de sacrificio que barría a Europa.

La escoria del continente diera cita en aquel lugar que se mira en las aguas azules del Mediterráneo.

Las villas elegantes y los hoteles de gran precio estaban materialmente atestados en el verano de 1914. Hacia la Costa Azul venían en un éxodo de pasión, de egoísmo y de vicio las gentes que huían del trágico bautismo de sangre en que se sumergían las naciones. El dinero de la guerra, las fabulosas ganancias de los que especulaban con los suministros de las tropas, caían torrencialmente en aquel promontorio sobre el que se alzaba entre puerterres modernas y construcciones de todos los gustos el palacio del juego, el Gran Casino.

El príncipe Lubimoff, con sus amigos, tam-

bién había buscado refugio en Monte-Carlo, donde pasaban sus días en espera de que cesase la horrible tormenta que descargaba sobre Europa.

Entre las nuevas amistades del Príncipe contaba ahora un joven músico, Felipe Spadoni, protegido de Lubimoff y ya muy arraigado en el ambiente cosmopolita y lujoso de la Riviera.

Farmaba parte de la orquesta que, por las tardes, tocaba en los alrededores del Casino, y siempre, en cuanto concluía su trabajo, venían a buscarle su madre y su hermana.

El músico era una víctima del juego, que consumía todos sus ingresos, por lo que Marta, su madre, y Victoria, su hermana, se le presentaban al dejar de tocar la orquesta para impedir con sus ruegos que entrase en las salas malditas en que la bola de marfil deja oír su voz de tentación.

—No seas loco, Felipe—le decía la madre.

—Vente con nosotras... No vayas al Casino—le pedía Victoria.

—Pero ¿por qué me vigiláis como a un niño?

Spadoni protestaba así iracundo de esta intervención de las mujeres, que le amaban en verdad.

—Yo sé lo que me hago; dejadme.

—Pero, hijo...

—No, mamá; no insistas.

Lubimoff y Alilio Castro observaron la desesperación de las dos mujeres y la lucha que con ellas sostenía el músico.



—Allí está el joven Spadoni—dijo el Príncipe, señalándose a su compañero.

Castro fijó los ojos en el grupo y rectificó:

—Lo que usted realmente quiere decir es: *Allí está la bonita hermana de Spadoni.*

—No confunda usted su pensamiento con el mío—replicó Lubimoff.

—Tiene usted razón.

Victoria Spadoni, a quien gustaba realmente era a Atilio Castro. La hermana de Felipe poseía un encanto dulce de mujercita bondadosa y un poco triste. En sus ojos, que siempre parecían estar húmedos de lágrimas, nacían unas miradas largas que se dirigían a un lugar lejano y algo vago, acuso al país sin contornos del ensueño. Atilio había sido impresionado por la juventud y por la belleza de Victoria, aunque no pudiera decirse que pensase hacerle el amor.

—¿Qué le ocurre a ese muchacho?—preguntó Castro mirando a Spadoni.

—Parece que su madre y su hermana le molestan constantemente.

—¿Pues sí que está divertido!

Spadoni seguía defendiéndose de los ruegos de las dos mujeres, que se lamentaban de su locura hablándole de los peligros a que se exponía volviendo a las mesas de juego.

Con una tozudez de chiquillo mal educado, Spadoni no oía consejos.

—Ya sé perfectamente lo que debo y puedo hacer. Estáis llamando la atención con vuestra conducta.



—Venid con nosotras... No vayáis al Casino.

—Es por tu bien—lamentó Marta.

Había visto al Príncipe y a Castro, que seguían los incidentes de la discusión familiar haciendo comentarios.

Lubimoff, a quien el fracaso de sus amores con la duquesa de Lille volviera misógino, aprovechaba todas las ocasiones para exponer sus nuevas opiniones acerca del sexo contrario.

—Las mujeres—decía a su amigo—, en fuerza de celo, de solicitud y de cariño, acaban por molestar siempre a los hombres... Vea usted el caso de ese joven. Sin duda, su madre y su hermana le quieren; pero ese cariño es tan exigente que se hace odioso.

—Voy a acercarme para librarle de ellas.

Atilio Castro se dirigió al grupo y saludó.

—Perdónenme ustedes... El príncipe Lubimoff desea hablarle, Spadoni.

La madre y la hermana del músico se retiraron.

El músico, acompañado de Castro, se acercó a Lubimoff, mientras la anciana Marta y Victoria volvían sobre sus pases dejando atrás al joven, que no había querido acompañarlas.

—Aquí le presento a nuestro artista—dijo Atilio al Príncipe.

—Estoy muy complacido de los progresos que hace usted—dijo Lubimoff a Spadoni.

—¡Oh!...—dijo titubeando Spadoni.

—Es usted un maestro—afirmó Castro.

—Algo menos—repuso el músico con timidez.

—Venga a verme a mi villa esta noche... No olvide que le esperamos.

El Príncipe y Castro se despidieron del músico, el cual, al verse solo, miró a su alrededor con recelo y rápidamente se encaminó al Casino.

Había comenzado la partida. Sonaban las voces de los *croupiers*, el seco ruido de las fichas y las conversaciones en voz baja de los jugadores, todos pendientes del azar que allí los reunía y que lo mismo podía enriquecerlos por un capricho que arruinarlos en pocos minutos.

Un silencio rumoroso surgía de las aglomeraciones humanas en torno de las mesas verdes. De vez en cuando estos rumores se cortaban con un largo rechinamiento, con un ruido igual al de los gójarres de la costa arrastrados por la ola. Eran las raquetas de los empleados, que barrían el paño verde, llevándose las monedas, las fichas, todos los despojos de la pérdida, chocando unas contra otras las monedas de metal y las de falso hueso.

La voz del *croupier* se alzaba sobre este silencio febril:

Hagan juego.

Un murmullo igual, sin matices, extendiase por las salas. Los jugadores tendían las manos sobre las mesas, haciendo las puestas.

—¿El juego está hecho?

Los indecisos se apresuraban entonces a colocar su dinero en los números y en los colo-



res, con un perceptible temblor de las manos.  
—No va más.

El silencio se hacía más denso. Conteníase la respiración, y todas las miradas convergían en la bolita de marfil que correteaba por su ranura, mientras la rosa de la ruleta iba girando en sentido inverso.

De pronto, un golpe seco. La bola había terminado su fuga circular, cayendo en un número.

El Príncipe entró en la sala de juego. Era la primera vez que lo hacía. Dirigió una mirada hacia las mesas en torno de las que se agrupaban hombres y mujeres, sin cuidarse de su proximidad, todos poseídos por el vértigo del vicio.

Una mujer de extrema elegancia, muy maquillada, se acercó a Lubimoff y le dijo:

—Allá veo a Alicia de Lille. ¿No esperaba usted encontrarla aquí?

—¿A usted qué le importa?—contestó Lubimoff con enfado.

Pero siguió el gesto de la desconocida, distinguiendo a la Duquesa delante de una de las mesas, con las manos agarratadas sobre un pequeño montón de fichas y de billetes, que disminuía a cada jugada.

—Supongo que habrá usted seguido a la Duquesa desde París... Hace una semana que ella no sale del Casino.

Lubimoff, irritado por el tono en que le hablaba la mujer, le volvió la espalda. Pero

hasta él, rozándole con el soplo caliente de un aliento perfumado, llegaron estas palabras:

—Sin embargo, quizá ignore usted que Alicia envía todos los francos que puede ganar a alguien que está en el frente... Quizá a algún amiguito.



—Supongo que habrá usted seguido a la Duquesa desde París...

El Príncipe no hizo mucho caso de lo que le decían y siguió curioseando. Empezó a encontrarse figuras conocidas entre este público incesantemente renovado, que cada mes resultaba distinto. Todos soñaban con poder ir alguna vez a arrostrar una moneda en la gran

casa de juego mediterránea. El hombre de otros continentes, al desembarcar en el viejo mundo, inscribía Monte-Carlo en su itinerario de viaje.

Alicia de Lille, que acababa de perder todo



La Duquesa volvió al tapete verde.

su dinero, se levantó y miró con avidez, esperando encontrarse algún conocido.

Así que vio al Príncipe, corrió hacia él.

—Necesito que hablemos mucho, Miguel.

Lubimoff prolongó el labio inferior en un gesto de estupor.

—¿Para qué?—preguntó.

—Ya lo sabrás...

Alicia se hallaba excitadísima, muy pálida, con los ojos encendidos y los labios temblorosos.

—¿Por qué no vas a verme a mi casa?

Miguel recordó su última entrevista con ella en París, cuando fué sorprendido por la presencia del joven Gastón, y todo el odio que entonces nació en él contra las mujeres parecía renovarse ahora cerca de la Duquesa.

—¿No está en Monte-Carlo tu joven amigo?

Lo inesperado de la pregunta ahogó la voz de Alicia, a la que el Príncipe dejó de pronto, saliendo del Casino.

La Duquesa volvió al tapete verde. A cada hora que transcurría hacíase tan abrasadora la fiebre del juego, que nada existía para aquellas gentes, a no ser ellas mismas y el dinero que se amontonaba ante sus ojos.

Felipe Spadoni, con un cartón y un lápiz tomaba nota de las jugadas. Poseía una combinación, en la que estaban puestas todas sus esperanzas de jugador.

Tres números seguidos que salieron obediendo a sus cálculos, le hicieron creer que había llegado el instante de buscar los favores de la fortuna.

—Acabo de probar que mi sistema es infalible—dijo a Castro—. Présteme usted cien francos.

—Tómelos, y que tenga acierto.



Se aproximó a una mesa y puso los cien francos en el cero.

Rodó la bolita, traqueteando en la ranura, y al pararse, oyóse la voz del *croupier*:

—¡Cero!

Todas las miradas se volvieron a Spadoni, al que en seguida dejaron un asiento para que pudiese jugar con más comodidad.

El músico se ensimismó en su combinación. Parecía que alguien invisible y poderoso se erguía detrás de su asiento, o se inclinaba para susurrar en su oído el consejo certero, la resolución inesperada. Sus ojos, animados por una luz fosforescente, contemplaban lo que nadie podía ver. Su boca muda se estremecía con nerviosas contracciones... Se había lanzado al gran juego.

En tanto la Duquesa, que había mandado pedir dinero, oía de uno de los empleados estas palabras terribles:

—Su agente dice que esto es lo único que pudo recoger para usted... El Gobierno se ha apoderado de todo.

—¿Nada más?

Le entregó unos pocos billetes, con los que ella quiso de nuevo seducir a la suerte.

Pero la suerte sólo favorecía a Spadoni, que veía crecer delante de sí las fichas y los billetes en cantidades prodigiosas.

El público, con la idolatría que inspiran los vencedores, se interesaba por él, como si cada uno esperase participar de sus ganancias.

Todos presentían su triunfo. Y cuando efectivamente ganaba, un murmullo de satisfacción iba elevándose de los curiosos que se oprimían contra los respaldos de las sillas que ocupaban los jugadores.



Pero la suerte sólo favorecía a Spadoni, que veía crecer delante de sí...

Alfalfa, en cambio, perdía moneda tras moneda, sin que la suerte la favoreciese nunca.

Atilio Castro, que seguía el juego de Spadoni, le dijo al oído:

—Esa suerte no puede durar mucho... ¡Veaga, que le espera el Príncipe!

El músico ni siquiera le contestó. El asombro

que dilataba su rostro, el escándalo que le infundía la fortuna de la que era dueño, no le permitía hablar.

Perdió dos jugadas seguidas, y como Castro insistiese en llevárselo, se volvió y le dijo:

—No permanezca detrás de mí. Ya sabe que me trae la mala suerte. Váyase a otro sitio.

—Como usted quiera...

Castro se separó, y Spadoni, perdida la serenidad y la inspiración, perdió unas jugadas más.

Se detuvo un poco perplejo por este cambio de fortunas. Súbitamente, como respondiendo a un extraño aviso, amontonó los billetes, apiló las fichas y las puso a un número.

Saltó la bola con su ruido antipático y acorronador. Un *croupier* cantó un número, y la mandíbula de la raqueta arrastró las ganancias del músico, todas sus ganancias.

Sacudido por un ataque de desesperación, Spadoni cayó sobre el respaldo de la silla.

Castro vino en su ayuda y lo levantó con esfuerzo. Spadoni ya no era un hombre, sino una cosa sin voluntad.

Cuando salían, Alicia llamó a Castro.

—¿Qué desea usted, señora?

—Sírvasle decirle a Miguel que si él no va a verme, será yo quien vaya a su casa.

Llegaron a Villa Sirra, la magnífica residencia de Lubimoff, construida por su madre y que él mejoró extraordinariamente hasta convertirla en una de las villas más suntuosas y de mejor gusto de la Riviera.

El Príncipe advirtió lo que le había sucedido a Spadoni. Su cara larga expresaba una honda pena.

—¿Qué, artista: no se te ha dado bien el juego?



...y la mandíbula de la raqueta arrastró las ganancias del músico...

—Mal, muy mal—contestó Spadoni.

—Nada de eso, Miguel—dijo Castro—. Si no es rico a estas horas es porque no le da la gana.

—¿Y eso?

Con voz frías y quejumbrosa, Spadoni se lamentó:



Poseo una combinación estupenda para ganar siempre a la ruleta. Si no hubiese perdido la última jugada, lo habría demostrado.

—Otra vez será.

—Figuras—explicó Castro—que este loco acertó cuatro plenos seguidos, llegando con cien francos a hacer doscientos mil. Pero no quiso detenerse cuando aun era tiempo, y lo mismo que ganó, perdió.

—Diga usted lo que quiera, Castro, mi combinación es infalible.

—Ya lo he visto esta noche.

La pena del músico por su fracaso crecía cada vez que recordaba como al principio le había favorecido la suerte. Tenía los ojos cargados de tristeza y miraba a Lubimoff contentando sus deseos de pedirle dinero para intentar una vez más su sistema de juego.

Como todas las víctimas del tapete verde, Spadoni soñaba con hacer saltar la banca. Era su mayor ilusión, y en sus horas de soledad hacía cálculos fantásticos, jugando imaginariamente y contando las sumas fabulosas que, siguiendo su combinación, ganaba con esa absoluta seguridad del jugador dominado por su pasión.

El Príncipe quiso alegrarle y le dijo:

—Según Castro, el dinero se ha hecho para el juego... y lo que este deja, para las mujeres. Vea a Marcos... y él le dará dinero para jugar.

El general acogió con desagrado la petición del músico.

—Entre todos—protestó—vamos a concluir con las reservas de Lubimoff. ¿Para qué quiere el dinero? ¿Para jugar?... Dése cuenta de que estamos en tiempos de guerra y que de Rusia no nos envían nada.

Pero era orden del Príncipe favorecer a Spadoni, y don Marcos de Toledo hubo de resignarse a cumplirla, aunque de muy mala gana.

—¡Lástima de dinero! ¡Qué pronto se quedará en el Casinó!

Atillo Castro habíase sentado cerca de Lubimoff.

—He visto a la duquesa de Lille—comenzó diciendo.

El Príncipe cruzó una pierna sobre otra y miró al techo.

—Bueno.

—Y me ha dicho que vendrá aquí a verme a usted.

—¡A verme a mí!...

Lubimoff se levantó de pronto, con el rostro desencajado, farfullando injurias, encolerizado contra todo y contra todos.

—¡No quiero mujeres aquí!—gritó.

—Pero...—repuso Castro.

Se puso a pasear con precipitación, sintiendo como se le removía el odio que llenaba su alma desde su aventura con Alicia.

—¡No, no quiero mujeres en Villa Sirenal!—insistió.

Huyendo de ellas y de la guerra, había

buscado el refugio de su residencia de Monte-Carlo.

—¡Que me dejen en paz!—exclamó.

Castro guardaba silencio, sin explicarse la actitud del Príncipe, en quien nunca la cólera destruía el ritmo de sus манetas cortesés.

—¡Escuchadme!—dijo.

Alzó la voz llamando a don Marcos y a Spadoni.

—¡Escuchadme!... De ahora en adelante, no entrarán mujeres en la Villa Sirena.

Los tres compañeros del Príncipe le miraron con una sorpresa que subrayaba la expresión de sus rostros.

Explíquese, Príncipe—pidió Castro.

—Todos ustedes saben lo que es tener mujeres en sus vidas—añadió Lubimoff.

Los tres amigos asintieron.

Miguel había cogido por las muñecas al más viejo y al más joven de sus compañeros. Allí, Castro, sentado en una mecedora, prestaba una atención sonriente a las palabras del Príncipe, del hombre que recorriera el mundo en busca de mujeres inéditas y de sensaciones nuevas.

—¿Pero qué le han servido a usted las mujeres?—preguntó el Príncipe encarándose con don Marcos.

El viejo general, sin comprender el alcance de la pregunta, esperó a que se la aclarasen con la boca fruncida por un gesto de asombro.

—¡Ellas son las que han hecho de usted un viejo loco!

Don Marcos hubiera protestado de este juicio si no le impusiera silencio la actitud de Lubimoff.

—Y de usted—perseguía volviéndose a Spadoni—, están haciendo las mujeres un ser sin vigor, casi inútil.

El Príncipe puso la mirada en Castro.

—¿Y a usted?

Castro nada dijo.

—¡A usted le han consumido la última moneda, llevándole a la ruina!

Lubimoff se abstraigo unos instantes y, paseando sus ojos por sus amigos, siguió diciendo:

—¡Las mujeres!... Ellas se abren camino en nuestra existencia a fuerza de astucia, con toda clase de malas habilidades, y concluyen dominándonos, utilizándonos para sus propios fines y perturbando nuestra paz.

Las palabras del Príncipe caían sobre sus compañeros como una amenaza.

—¡El máximo talento del hombre—añadió—estaría en saber pasar sin ellas!

Todos inclinaron la cabeza, evocando sus torturas de amantes, las veces que ellas los habían burlado, sin dejar en sus almas ningún rastro de luz por el que volver a los caminos de la esperanza a cuyo final todos creemos hallar a la mujer que ha de ser la buena compañera de nuestras vidas.

—Yo tengo dinero bastante para que todos



nosotros podamos vivir aquí una vida sosegada y espléndida...

Nadie le interrumpió. Parecían resignarse a la sumisión que iba a exigirles el Príncipe. Sólo Castro, acordándose de Victoria, la her-



—¿Qué les parece si nos llamásemos *Los enemigos de la mujer*?

mana del músico, tuvo un movimiento instintivo de rebeldía.

—¡Pero ustedes han de renunciar a las mujeres!— afirmó Lubimoff.

Esta exclamación detuvo en los labios de Castro sus palabras de protesta. Pensaba que acaso Victoria fuera como las demás.

—Viviremos como hombres entre hombres... monjes sin hábito. Hombres serán los que nos sirvan, y nunca la voz de una mujer alterará la paz de Villa Sirena.

Los camaradas de Lubimoff persistían en su mutismo, que era como una forma de asentimiento al proyecto del Príncipe.

—¿Se acepta mi idea?— preguntó Miguel Fedor.

Los cuatro amigos se estrecharon la mano.

—De absoluto acuerdo con usted.

—¡Queda, pues, constituida nuestra comunidad ideal! ¿Cómo la llamaremos? Usted, don Marcos, ¿qué nombre se le ocurre para designar nuestra comunidad?

El general meditó, sin que en su pensamiento naciese la menor idea.

—No se me ocurre ninguno.

—¿Y a usted?— preguntó Lubimoff a Spadoni.

—Tampoco.

—¿Y a usted, Castro?

—Nadie tan llamado a dar el nombre como el que concibió el proyecto... Usted, Príncipe, es quien lo debe elegir.

—Exacto—dijeron Marcos y Spadoni.

—¿Qué les parece si nos llamásemos *Los enemigos de la mujer*?

—Ninguno más justo—aplaudió Castro.

Pareció acertada la designación, y aquellos cuatro terribles egoístas se dispusieron a comenzar una vida nueva, en que la mujer no tendría intervención alguna.

Mientras estos seres mezquinos cerraban su pacto, recluyéndose en Villa Sirena, albergue de ociosidad e indolencia, el destino araba el seno de la humanidad con la roja cruel de la guerra.

Los ejércitos de las naciones en lucha marchaban al combate, que prometía ser el más sangriento de la Historia Universal.

Las armadas mundiales, como siniestras bandadas de buitres en acecho, alineábanse a un tiempo en orden de batalla.

Se luchaba en las trincheras y, como mieses al golpe de la hoz, caían las vidas en los surcos, guadañadas por la Implacable.

Por los mares cruzaban los barcos vigilados por los submarinos, que los sepultaban en la tumba inmensa del océano.

Las enormes construcciones de hierro eran detenidas en su marcha por la trágica acometida de los torpedos, que mordían su línea de flotación abriendo una senda a la muerte. El agua se precipitaba dentro del barco; erujía toda su armazón y, quebrándose, sumergíase desapareciendo bajo las olas.

Los gritos de terror y de rabia cruzaban la

atmósfera de los pueblos empeñados en la contienda.

Y el espacio, conquistado por el humano ingenio, era sureado por las modernas máquinas destructoras, monstruosos pájaros metálicos, hacia los cuales también subía la muerte desde la tierra.

A este crisol, calentado al blanco, llena el alma de abnegación y de fe, vino la juventud del mundo a sufrir la prueba suprema... y con ella vino el hijo de Alicia de Lille.

Como topas, los hombres habían buscado un escondrijo en las entrañas de la tierra. Allí vivían, siempre en acecho, con las piernas enterradas en el fango, durmiendo sobre tablas bámedas, esperando siempre el último aviso de la muerte.

La resistencia humana alcanzaba su máximo límite en esta bárbara lucha, en que el individuo sólo era una unidad, modesto peón del gran tablero europeo en que se jugaba el porvenir de las naciones.

Las ingentes proporciones que, desde los primeros días, adquirió la lucha, desconocían el valor individual, atentas sólo al valor colectivo de las masas lanzadas al combate.

Toda la tierra había sido abierta de un mar a otro mar. Cruzándose enormes zanjas, sumideros de hombres que esperaban el momento de lanzarse a la conquista de las líneas enemigas.

Por todas partes rondaba la muerte. Ince-



santemente la fatídica guadaña detenía el curso de numerosas existencias hacinándolas en la sepultura de las trincheras.

Una noche, Gastón de Lille recibió, lo mismo que sus compañeros, la orden de prepararse a un asalto de las fortificaciones alemanas, que se extendían frente a ellos en una línea de muchos kilómetros.

El asalto debía tener lugar poco antes del amanecer.

Los cañones iniciaron la lucha. Erejese el cielo con las frecuentes disparos. Las sombras fueron asustadas por el relámpago de los fuegos destinados a descubrir la posición del enemigo. Trembas de humo y de arena elevaronse a lo alto con las llamas de las granadas que estallaban.

De súbito corrió una orden, y los hombres, como fuerzas oscuras manejadas por un poder superior, abandonaron las trincheras y corrieron por el campo sin cuidarse de los que caían.

Entre ellos iba Gastón de Lille. Inesperadamente de las líneas alemanas vino una nube negra que envolvió al destacamento de que formaba parte el hijo de la Duquesa, y el joven patriota aspiró la muerte en el aire, envenenado con gases asfixiantes por la Ciencia que, en aquella racha de locura y de crimen, había olvidado su augusto ministerio de bienhechora de la Humanidad.

#### IV

Los habitantes de Villa Sirena, encerrados en la soledad de su egoísmo, comenzaron a sufrir el mal del tedio.

Por otra parte la situación económica del Príncipe, aislado como estaba de Rusia, empeoraba de día en día. Cierta que seguía viviendo lo mismo que siempre. Las privaciones de la miseria se hallaban aún muy lejos para él. Sin embargo, si no se buscaba pronto remedio, don Marcos de Toledo, administrador de Iubimoff, auguraba una época de escasez.

Sin otras distracciones que las que le proporcionaba su arte, Spadoni pasábase las horas haciendo música. Se hallaba desesperado porque el general había cerrado la bolsa, negándose a sus constantes peticiones de dinero. No podía jugar, y esto le tenía de mal humor.

Villa Sirena habíase convertido en la logia del Príncipe y de sus amigos. Los cuatro, declarados *enemigos de la mujer*, cuando no salían, daban suelta a su aburrimiento, que más parecía desgana de vivir, con largos hostezos.

—¿Ven ustedes lo bien que estamos desde

que prohibimos la entrada en nuestra residencia a las mujeres?—les decía Miguel.

Los otros no contestaban, como si no estuvieran seguros de la placidez de aquella vida tan sin estímulo a que se habían entregado por capricho del Príncipe.

—Tengo la convicción de que como dejemos transcurrir un mes viviendo en este aislamiento, las mujeres no vuelven a perturbarnos... ¿No cree usted lo mismo, Castro?

—¡Puhl... Es posible. Yo, al menos, lo dudo.

—¿Cómo posible? Seguro.

—Si usted lo dice...

Spadoni sentóse al piano. Don Marcos, que no podía oírlo sin incomodarse, le dijo:

—Mientras usted aporrea las teclas sin preocuparse de nada, la revolución confisca o arroja a la hoguera todo lo que poseemos en Rusia.

—Déjeme en paz, general—replicó el músico con insolencia.

Las últimas noticias de los periódicos referían la catástrofe que acababa de sepultar el Imperio de los Czares.

El general corrió a prevenir al Príncipe.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

—No se precipite usted en sus juicios, Marcos.

Miguel Fedor leyó los últimos telegramas. Todo se derrumbaba estrepitosamente en su país. El trono de Pedro el Grande caía hecho astillas, y la enterecha roja quemaba las an-

tiguas leyes y hacía volar con dinamita los viejos recintos en que se defendía el despotismo ruso.

Nada quedaba de lo que había sido. Esplazaban las referencias periodísticas. Los aristócratas eran acosados en sus palacios y asesinados en medio de las calles. La nobleza moscovita andaba huida, y en su fuga eran muchos los que encontraban la muerte a manos de sus servidores.

Lubimoff alzó el rostro apesadumbrado. Acababa de tomar una determinación.

—Usted Marcos, Castro y yo saldremos en seguida camino de Rusia. ¿Les parece bien?

—¿Y yo?—preguntó Spadoni.

—Usted se quedará guardando la Villa.

Partieron aquel mismo día, y llegaron a Rusia después de hacer fatigosas jornadas de quince y veinte horas en *auto* sin detenerse en parte alguna.

La roja oleada de la revolución crecía a impulsos del huracán de odios que desataba por doquiera el verbo arrebatado del comunismo.

Por fortuna, la posesión en que Lubimoff guardaba sus joyas se encontraba en el campo y no muy lejos de la frontera.

Adquirieron un trineo y, valiéndose de las sombras protectoras de la noche, dirigieron al palacio, hacia donde se encaminaba también entonces un grupo de frenéticos revolucionarios.



Nevaba copiosamente. Lubimoff guiaba enardecido, corriendo a través de la tempestad de nieve, en un desesperado anheló de adelantarse a los terroristas.

Llevaban abundantes provisiones de armas



—Usted Marcos, Castro y yo saldremos en seguida camino de Rusia.

y de municiones, dispuestos como iban a luchar si era necesario defendiendo con sus vidas el tesoro que sería la fuente destinada a regalar sus existencias.

No se conocían los caminos, ocultos por la nieve. Lubimoff tenía que hacer extraordi-

narios esfuerzos de atención para orientarse.

Dentro del trineo, Toledo y Castro no hablaban, como en un presentimiento trágico de lo que podía sucederles.

Restallaba el látigo en el aire, manejado por las manos fuertes del Príncipe, y los caballos, con las crines flautantes, galopaban en una carrera vertiginosa estimulada por los gritos de Lubimoff y por los fustazos.

Al fin descubrieron en la noche la masa oscura del palacio. Eran los primeros en llegar.

El trineo se detuvo bruscamente y los viajeros se apearon sin pérdida de tiempo.

Guiados por el Príncipe entraron en la cueva donde se guardaban las joyas, saliendo al poco con una pesada caja, que dejaron en el jardín, mientras en uno de los salones apilaban objetos que cubrieron con una manta para engañar a las turbas.

Ya se disponían a salir cuando Castro avisó: —¡Los revolucionarios rodean el palacio!

Con una rápida percepción de las circunstancias, el Príncipe ordenó:

—Vigilen ustedes la caja de caudales y yo veré la manera de engañarlos.

Un grupo de terroristas forzó la puerta del salón en que se encontraba el Príncipe. Eran muchos, todos armados hasta los dientes y con los rostros ennegrecidos por el humo y las manos manchadas de sangre.

Se detuvieron antes de entrar viendo solo

al Príncipe, el cual con la aparente frialdad imperturbable, que a veces desmentían los violentos estallidos de su cólera, ni siquiera trató de huir.

Cruzóse de brazos y con voz glacial dirigióse



— Se detuvieron antes de entrar vendiendo al Príncipe.

a los terroristas, que se detuvieron sorprendidos.

—No recuerdo haber invitado a ustedes y, por lo tanto, no me explico su visita.

Del grupo siniestro elevóse un coro de risotadas.

—¡Ah, padrecito, debes estar borracho!—le gritaron.

—¿No te has enterado aún de que ahora somos los amos?

Lubimoff permaneció inmóvil, desafiando a sus enemigos. Uno de ellos se le acercó, y de un pistoletazo Miguel lo dejó muerto.

—Así haré con todo el que se atreva a llegar hasta mí.

Desde este instante dió principio a una bárbara lucha. Acosado como una fiera, Lubimoff tendría que entregarse; pero se rendía matando.

Cayó debajo de los revolucionarios. Una bayoneta brilló cerca de su garganta. Cerró los ojos..., y una mano de hierro le puso en pie.

Frente a él encontrábase un mujik gigantesco, el jefe de la partida, que se había abierto paso a empujones por entre los suyos salvando al Príncipe de una muerte segura.

—¿Dónde están las joyas?—le preguntó zarandeándole como a un trapo.

—En París, como es lógico.

—¡Ah, canalla!

Rechinó los dientes el mujik, y Lubimoff añadió:

—¿Cuelas que iba a cometer la necedad de dejarlas aquí?

—Pues yo haré que las inventes, ya que no las tienes.

De un puñetazo, el jefe lo derribó en el



suelo, donde tres revoltosos le amarraron los brazos con una cuerda impidiéndole todo movimiento.

—¡Soldado!—gritó una voz.

De nuevo intervino el mujik, ordenando que



...aquel gigante rodeó con sus manos el cuello del Príncipe, disponiéndose a ahogarlo.

se le dejase en libertad. Rotas las ligaduras, aquel gigante rodeó con sus manos el cuello del Príncipe, disponiéndose a ahogarlo.

—Habla, o te mato.

Atenazado, sin esperanza alguna, Lubimoff pudo decir:

—Basta ya... hablaré.

—Ya era hora—dijo riéndose el mujik.

El terrorista alzó la presión de sus manos.

—Y qué, ¿nos dirás dónde guardas las joyas?

—Sí, yo os enseñaré el sitio en que las guarda.

Lubimoff señaló una puerta disimulada en la pared.

—Abre en seguida.

Puso la llave en la cerradura y la puerta se abrió, mostrando un pasillo oscuro y abovedado, que desaparecía hundiéndose en la tierra.

—Pasad—ordenó el jefe a los suyos.

Los terroristas obedecieron la orden de su caudillo, que ya se disponía a seguirlos cuando se detuvo.

—¿Presintió acaso una emboscada?

No tuvo tiempo de pensarlo mucho. De un salto, Lubimoff había cerrado la puerta y se encerró con el jefe, que le encañonó su pistola.

—Esta descargada—le dijo el Príncipe—

En cambio, la que yo tengo en el bolsillo tiene cinco balas.

Quedóse perplejo el mujik, y antes de que se repusiera de su sorpresa, Lubimoff, con esa decisión que caracterizaba todos sus actos, añadió:

—Yo quiero luchar con usted de hombre a hombre.

—¡Qué valiente!

Rióse el terrorista convencido de su fuerza,

que le daba incontrastable superioridad sobre su adversario.

—Mucho cuidado con hacerme traición—dijo.

—Soy un noble—afirmó Miguel.

Se arrojaron el uno contra el otro. El mujik pesado, enorme, amenazaba al Príncipe con los golpes de sus puños, uno de los cuales bastaría para aplastarlo; y Lubimoff, ágil y con habilidad de púgil, se escurría entre los brazos que trataban de apresarle, enroscábase a las piernas del enemigo y giraba a su alrededor para desconcertarlo.

La lucha sin tregua era a muerte. Uno de los dos tendría que morir a manos del otro. El Príncipe llevaba la parte peor. Aquel gigante resultaba incansable.

Cayeron al suelo; los pies del Príncipe hicieron dogal al cuello del mujik, que con un solo movimiento de su cabeza se desprendió de la llave con que Lubimoff le sujetaba.

Volvieron a levantarse. La defensa se le hacía cada vez más difícil al Príncipe, que ya no supo librarse de los brazos de su enemigo. Oprimido contra la pared, el Príncipe sufrió el masaje de los dedos de su vencedor, que intentaban romperle los huesos del rostro. Sintióse morir.

—Basta, rogó.

—Aun no; todavía es pronto.

El mujik se reía, oprimiéndole los maxilares con una bárbara presión. El Príncipe acordóse

de que tenía cargado el revólver, llevóse las manos al bolsillo, extrajo el arma y disparó.

Su adversario cayó sin vida. Lubimoff apenas si podía tenerse en pie.

Hasta él llegaron los culatazos con que los terroristas trataban de echar abajo la puerta que el Príncipe había cerrado.

Se sobrepuso a su debilidad y corrió al jardín. No vio a sus compañeros y los llamó.

—¡Marcos, Castro! ¡Prontel...

Sus amigos lo esperaban emboscados. Se le reunieron y juntos trasladaron las joyas al trineo.

El tiempo apremiaba. Oyeron cómo se derumbaba la puerta detrás de la que se hallaban presas los terroristas, y cuando ya montaban en el trineo, los vieron aparecer en lo alto de las escaleras de palacio.

Descargaron sus armas y Lubimoff fustigó a los caballos brutalmente.

Pasaron silbando unas cuantas balas, y el trineo, al galope, desapareció en la noche, dejando a sus espaldas a los chasqueados energúmenos que los perseguían.

Pocos días después volvían a encontrarse en Villa Sirena. Miguel estaba ya repuesto de las heridas que recibiera en su lucha con el mujik.

Monte Carlo seguía siendo el refugio de los que innoblemente abandonaban sus países, desoyendo los clarines que los llamaban al sacrificio.



Los enemigos de la mujer, sin que nada turbase la armonía perfecta que creían haber alcanzado, libres ahora de las inquietudes de la miseria, gastaban sus ocios de una manera lamentable, sin que ninguna inquietud generosa alterase sus horas.

Disfrutaban de completa libertad. Villa Sirena era de todos, y su dueño parecía un invitado más.

Al levantarse Castro, bien entrada la mañana, veía en un rincón del jardín al Príncipe, despechagado y con los brazos desahucados, manejando una azada.

Pero ninguno de sus compañeros seguía este ejemplo. Atilio y Spadoni, en cuanto almorzaban, se iban al Casino, donde permanecían hasta que cesaban de funcionar las mesas de juego; y don Marcos era el único que algunas veces hacía compañía a Lubimoff.

A las horas de comer, únicas a las que se reunían—pues el general, encargado del régimen interior de Villa Sirena, había establecido una rigurosa disciplina en los servicios—Lubimoff exaltaba el regalo de sus vidas, libres de la preocupación de la mujer.

—Esta es la vida realmente dichosa. Un día sereno, un buen cocinero y ninguna mujer que altere nuestra paz.

Castro y Spadoni, aunque callaban sus objeciones, comenzaban a discurrir de la manera de pensar del Príncipe. La idea de la desertión

había cruzado más de una vez por sus pensamientos.

Una noche, el músico, cansado de aquella existencia gris, se despidió del Príncipe.



Una noche, el músico, cansado de aquella existencia gris...

—Mi resfriado me molesta más cada día. Creo que lo mejor será que me vaya con mi madre y mi hermana, para que me cuiden.

Lubimoff sonrió maliciosamente.

—¿Es verdaderamente el resfriado lo que le obliga a dejarnos?

—No hay nada—contestó azorándose el

músico—. Desde hace dos años que, al llegar esta época, se recrudece mi dolencia, y necesito defenderme de ella con exquisitas curaciones.

Viendo marchar a Spadoni, Castro se atrevió a decir:

—Acaso deba yo marcharme con él.

—¿También se encuentra usted resfriado?

—Resfriado, precisamente, no; pero me siento algo malucho.

Se quedaron solos el Príncipe y el general.

—Dése usted cuenta, Miguel— dijo don Marcos.

—¿De qué tengo que darme cuenta?

De que es un imposible lo que ha intentado. Los hombres no podrán nunca vivir sin mujeres.

—Yo no siento la necesidad de ellas— afirmó con entereza el Príncipe.

—Permítame que lo dude.

Lubimoff se levantó, sintiendo como la tra se apoderaba de él.

Ahora mismo—añadió don Marcos—, si usted y Alieta...

El general fué interrumpido bruscamente por el Príncipe.

—¡Que sus labios no vuelvan a pronunciar delante de mí el nombre de esa mujer!

Los dos amigos se separaron.

En tanto, Spadoni encontraba a su madre y se abrazaba a ella sollozando.

—¡Yo no puedo resistir por más tiempo esta vida! exclamó el músico.

Marta, sin conocer los motivos que impulsaran a su hijo a abandonar Villa Sirena, le preguntó:

—Dime, ¿qué es lo que te pasa?



—¡Gracias a Dios, hijo mío!... ¡El corazón me decía que tú no podías faltar a tu deber!

—¡Que me voy a la guerra, madre! ¡Que ya no quiero ser el único de los jóvenes de mi patria que haya desertado de mis obligaciones!

Corrieron a hilo las lágrimas por las mejillas de Marta.

—¡Gracias a Dios, hijo mío!... ¡El corazón me decía que tú no podías faltar a tu deber!



Atilio Castro, que se hallaba al lado de Victoria, miraba a la joven con infinita devoción. A él, hombre hastiado, una mirada, una frase o una sonrisa de la hermana del músico bastábanle para que se sintiera feliz.

Ella también le miraba benévolutamente. Estaba contenta de que Felipe se hubiera decidido a seguir el ejemplo de los jóvenes que morían por Italia en las orillas del Piave, y un impulso secreto la animaba con la esperanza de que Castro pronto concluyera haciéndole el homenaje de su sacrificio vistiendo el uniforme del soldado.

Mientras tanto Alicia se determinaba a visitar al Príncipe, presentándose en Villa Sirena.

Don Marcos lo anunció al Príncipe, que se enfureció en forma desconocida para el viejo general.

—Debias haberle dicho que me he ido; un pretexto cualquiera...

El general, rojo de emoción, intentó apuñalarlo.

—Si ella viene aquí—dijo—es, sin duda, porque usted se ha negado a visitarla.

Lubimoff fué hacia la visitante, más por deber de hombre correcto que por rectificación de una misoginia que las horas de quietud habían hecho más honda.

La encontró esperándole, y se dijo, al verla, que era la hermosa mujer de siempre, aun cuando podía advertirse que, desde su entre-

vista en París, habían pasado varios años por ella.

—Como es imposible hablar contigo—dijo Alicia sentándose, después de estrechar su mano—, me he decidido a hacerte esta visita.

Estas palabras fueron acompañadas de una risa maliciosa.

A continuación se puso seria, y dijo con timidez:

—Vengo por... un asunto de dinero.

Habló de las dificultades que la habían obligado a presentarse en Villa Sirena sin anunciarse.

—Hubiera podido escribirte, pero temí que no contestaras. Además, hace tanto tiempo que no hablamos a solas!... Por eso, finalmente, me decidí a sorprenderte en tu retira.

Se detuvo, como preparándose antes de exponer su asunto.

—Miguel—dijo con voz lacrimosa—, las circunstancias me obligan a recurrir a ti... ¡Estoy desesperada! ¡Necesito dinero!

Lubimoff quedó sorprendido por esta noticia.

—Lo he dado todo—añadió Alicia—. Me he quedado sin alhajas y sin fondos... Estas perlas que llevo son falsas.

El estrujamiento general impuesto por la guerra había alcanzado a la Duquesa. Miguel, silencioso, parecía hablar con sus pupilas.

—¡Estoy arruinada!

—Yo también—dijo Lubimoff—. Las joyas

que he podido salvar de la codicia de los bolcheviques no sé si me llegarán para atender a mis necesidades.

—¡Oh! ¡tú arruinado!—protestó Alicia—. Lo tuyo no es más que un apuro de momento.

Perdió de pronto la sonrisa audaz que había preparado para la entrevista.

—Mi ruina es verdadera... Mira...

Señaló de nuevo el collar de perlas. Atraído por la insistencia de ella, Lubimoff concluyó por fijarse, y se dio cuenta de la verdad de sus palabras. Las perlas eran falsas, escandalosamente falsas.

—Es indispensable que yo tenga dinero para enviarte a mí...

Cortó la frase en seco y añadió:

—...para enviarlo a alguien que lo necesita de una manera imperiosa.

Los ojos de Alicia se humedecieron y el gesto de su boca fué francamente doloroso.

—Extraña prueba ésta a que tratas de someterme—dijo el príncipe—. Es la primera vez que se me piden recursos para sostener un amante.

Alicia se agitó ante tal suposición.

—¡Oh, Miguel!—gimió—. ¡Tú... tú no comprendes!

Era tan lamentable el gesto de aquella mujer, que Miguel tuvo un estímulo de compasión.

—Procuraré que tengas el dinero mañana sin falta.

La acompañó hasta la puerta, donde la despidió besándole la mano.

—¡Ya era hora!—exclamó al verse solo.

Una visita demasiado larga, que le había hecho permanecer en nerviosa tensión, moliendo sus palabras y dejando en silencio los recuerdos del pasado.

Al día siguiente, Lubimoff, convirtiéndose en emisario de sí mismo, se dirigió a la casa en que vivía la duquesa de Lille.

La puerta estaba entreabierta, y empujándola se vio al pie de unas escaleras.

Comenzó a subir. No encontró a nadie en el piso. Tosió varias veces, sin resultado. Fué a gritar avisando su presencia, pero se contuvo, sintiendo un deseo que le hizo sonreír.

En el primer rellano vio varias puertas, de las que sólo una estaba sin cerrar.

Entró. Una mujer con el cuerpo doblado sobre una cama extendía los brazos para ahuecar el colchón con fuertes palmadas.

La mujer adivinó que alguien estaba detrás de ella, y al volverse, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Tú... eres tú!—exclamó Alicia.

—No me extraña que te sorprenda el verme aquí—dijo él con voz segura—. El primer sorprendido soy yo.

Alicia fué tranquilizándose, y sonrió a Miguel.

—Ser pobre—dijo—, tiene sus compensaciones. Sólo por serlo he podido lograr que vengas a verme.



Quedaron en silencio, mirándose indelicados, no sabiendo qué decirse.

—¡Tú haciendo tu cama!—dijo él para romper el penoso mutismo.

—Ya lo ves... De todos modos, hay que confesar que tiene cierta originalidad ver a la duquesa de Lille haciendo su cama.

El Príncipe volvió a aprobar con un gesto mudo; Alicia insistió en sus explicaciones. No le había costado ningún esfuerzo ocuparse en los trabajos de la casa. Ella misma limpiaba el dormitorio.

—Vivimos en guerra; las cosas cuestan caras y yo soy muy pobre.

Miguel miraba la habitación. Flotaba en el ambiente un perfume de agua de Colonia.

Mientras tanto, ella hizo desaparecer todo lo que creía perjudicial para su buen aspecto después de esta sorpresa.

—Continúa tu trabajo—dijo el Príncipe—. Una vez que venga, no quiero servirte de estorbo.

Genosa de mostrar sus habilidades, Alicia reanudó el arreglo de la cama. Lubimoff se animó con esta demostración de confianza y quiso ayudarla.

—¡Tú!—exclamó ella riendo.

El Príncipe fingió enojo.

—¿Por qué no?

Había pasado al lado opuesto y fué envuelto por una nube de batista. Sintió cómo resucitaba el pasado en su interior con una fuerza

nueva. Tomó una mano de ella sin darse cuenta de lo que hacía. Luego se aproximó tanto a su rostro, que sintió la caricia de los cabellos de Alicia. La enlazó por la cintura.

—¡No, eso no, Miguel!—gritó ella rechazándolo.

Lubimoff se sublevó contra esta resistencia.

—¿Ya no eres la misma?

—Amémonos como niños—suplicó Alicia—. Sé que esto es ridículo para nosotros... ¡pero debe ser tan dulce!

Era sencilla su súplica, en la que ponía la ternura de sus miradas.

Pero el Príncipe ya no era el mismo. Otro hombre había en él. Sus ojos, cegados momentáneamente, sólo vieron en Alicia un enemigo al que había que humillar.

La había cogido de un brazo y la sacudió brutalmente.

—¿Para quién me pedías el dinero?—le preguntó.

—Tú has venido a traérmelo, y al hacerlo sabías que era para... enviármelo fuera.

—¿Y crees tú que te lo voy a dar para que tu amante se regale con él?

Alicia le tendió las manos.

—Miguel, no digas eso!... ¡La verdad es otra! Le cogió una mano, y el Príncipe, echándola de sí, la despidió contra la pared.

—Miguel!

Alicia la llamaba viéndolo marchar, sin que él se volviese.

Corrió escaleras abajo detrás de él. No podía dejar que se fuese... Era la madre; no la mujer, la que sufría... y no como mujer, como madre imploraba.

— Dame lo que me has prometido.



— ¡Miguel, no digas eso!... ¡La verdad es otra!

Se había abrazado al Príncipe, reteniéndole, deshaciéndose en ruegos, olvidando su orgullo, convertida en una humilde y llorosa mujer que pedía dinero para su hijo.

— ¡Dame un poco de dinero!... ¡Me hace falta!

Descompuesto por la cólera, Lubimoff sujetó por los cabellos a Alicia y la golpeó.

— ¡Pégame, pero dame el dinero!



El Príncipe sintió repugnancia hacia esta mujer que se arrastraba a sus pies...

El Príncipe sintió repugnancia hacia esta mujer que se arrastraba a sus pies y se dejaba golpear sin un grito de protesta.

Extrajo su cartera, tomó un puñado de billetes y se lo arrojó con una injuria.



Ella se apoderó del dinero y corrió a su habitación. Ya tenía lo que necesitaba. La carta que había escrito a su hijo prometiendo un próximo giro tendría su continuación.

El dolor del ultraje quedaba compensado por aquellos billetes destinados para su pequeño Gastón.

Se arrodilló delante de una mesita y cagió el retrato de su hijo, que se puso a besar frenéticamente.

—¡Mi Gastón! Tu mamá no te olvida... ¡Qué contento te vas a poner cuando recibas el dinero! ¡Y no sabrás nunca lo que me ha costado alcanzarlo!

Ya no se acordaba de los golpes que había recibido. La contemplación del que había hecho vibrar los sentimientos más puros que dormían en su alma, dábale una ventura inefable.

¡Pobre mujer! Su alma de madre iba a recibir el sañudo golpe de la más cruel de las fatalidades.

Mientras ella contaba los billetes que destinaba a su hijo, el comandante de la *Base Hospital* de Monte-Carlo recibía el siguiente telegrama:

*Permítame informarle de muerte Gastón de Lille, subteniente, que dió su vida por Francia, Marzo, 29, 1918, Camino Damas. Sírvase notificarlo a su madre, Alice, duquesa de Lille, residente en Monte-Carlo, haciéndole presente sincero pésame Ministro de la Guerra.*



¿Por qué la castigaba tan duramente el cielo? ¿No había piedad para su dolor?

Alicia se encontraba en su cuarto, teniendo en sus manos el retrato de su hijo, cuando vio entrar a su doncella, que avanzó muda, tendiéndole un telegrama.

Con un terrible presentimiento, la Duquesa se apoderó de él y lo leyó. Luego quedóse como alelada, rígida, con las ojos fijos en el vacío.

No pudo decir nada. Se ahogaba. Con un esfuerzo de autómatas se levantó y dio unos pasos por la habitación. Se detuvo de pronto y cayó de rodillas.

—¡Ha muerto!—gimió.

Las lágrimas no acudían a sus ojos. Era tan intenso su dolor, que no podía llorar.

¿Por qué la castigaba tan duramente el cielo? ¿No había piedad para su dolor?

Permanecía postrada, sin gritos en su garganta ni llanto en sus ojos. Su mutismo resultaba inmensamente doloroso.

De pronto lanzó un largo grito y cayó pesadamente.

# V

Atilio Castro había logrado la amistad de Victoria Spadoni, con la que salía de paseo algunas tardes; y sucedió que un día llegaron hasta el lugar en que el comandante del hospital de Monte-Carlo, rodeado de algunos oficiales, tomaba nota de los voluntarios que acababan de alistarse para luchar por Francia.

Disponiase a partir hacia el frente un destacamento, cuando Castro y la hermana del músico acertaron a pasar por allí.

Uno de los soldados, viendo al compañero de Victoria, le gritó:

—¡Aquí hay plaza para uno más!

Atilio sintió que una oleada de sangre le invadía el rostro.

—Ese soldado tiene razón—dijo—; hay plaza para mí... en la Legión Extranjera.

Y sin meditarlo más, dió su nombre a un oficial para que lo alistase.

La hermana de Spadoni supo agradecerle su conducta con un apretón de manos.

—Gracias... Así le quería a usted.

—Ahora sólo tengo una esperanza: la de no hallar la muerte en el campo de batalla y saber que usted espera mi regreso.



Victoria inclinó la cabeza.

—Esté usted seguro—dijo—de que le esperaré.

—Y si muriese—añadió Castro—, al menos tendré el consuelo de saber que una mujer llorará mi muerte.

—Piense usted en la vida y en el triunfo—repuso Victoria—. No todos los héroes de esta guerra están destinados a sucumbir.

Así fué como quedó deshecha la liga de los *enemigos de la mujer*. El sentimiento del deber que en aquellos días se imponía como nunca a los hombres, rompía la red de egoísmos que envolvía a los jóvenes, dejando libres sus almas para que volasen por una atmósfera más pura.

Un mundo nuevo empezaba a surgir ante los ojos del Príncipe. En sus paseos encontraba con frecuencia heridos de la terrible lucha. Y un día vió a la duquesa de Lille, convertida en imagen del dolor, que daba su brazo a un soldado ciego.

Para la pobre madre, desde la noticia de la muerte de su hijo no existía nada que no fuese el sacrificio de todo su tiempo en favor de los compañeros de Gastón. Se había convertido en la más solícita dama de la Cruz Roja. Ya no iba por el Casino ni se preocupaba de reunir dinero. Muerto el hijo, la única razón de su existencia estaba en cuidar a los heridos de la guerra, todos camaradas de su pequeño Gastón.

Sin embargo, él vivía. Una mañana el joven suboficial llegó a Monté-Carlo sin que nadie le esperase. Dirigióse a la casa de su madre, que encontró vacía. Salíó y buscó a Alicia por el parque.

La sombra de una mujer enlutada cruzó a poca distancia. Era ella, y su presencia dió al alma de Gastón de Lille un placer que no hubiera cambiado por todas las glorias de la tierra.

Corrió a su encuentro. La madre, al verlo, quedóse inmóvil. Dudaba de la realidad que se ofrecía a sus ojos. Pero allí estaba él queriéndola abrazar... Lo estrechó contra su corazón con vehemencia. Sus manos lo acariciaron el rostro. ¡Sí, era él!

Tuvo que apoyarse en su hijo para no caer. La fuerza de la emoción la hacía vacilar.

—Recibí un telegrama diciéndome que habías muerto—habló al fin.

—Una confusión—aclaró él.

Su rostro se revistió con la máscara de la tristeza.

—Fué papá... quien perdió la vida... La igualdad de nuestros nombres determinó el error.

Callaron unos instantes, dedicando un piadoso recuerdo al duque de Lille.

Luego volvieron a abrazarse, sin cansarse de saborear sus besos.

—¿Pero cómo has venido?—preguntó Alicia.

Los médicos suponen que los gases han

afectado mi corazón... y por eso he sido destinado al Servicio de Informes.

La madre se asustó.

—¿Entonces, vienes enfermo?



Callaron unos instantes, dedicando un piadoso recuerdo al duque de Lille.

—No creo... Los médicos se equivocan a veces.

Ella no quiso dudar. Su alegría era tanta teniendo a su hijo, que sólo pensaba en las horas que iban a vivir el uno junto al otro.

—¿Y vivirás conmigo?

—Supongo que mi madrecita no querrá que viva en un hotel.

—¡Qué locura!

Alicia tornó a besarlo. Le miraba en sus ojos y reía como una niña, contenta de todo.

—Ya no nos separaremos... Verás qué bien lo vamos a pasar.

Lo cogió del brazo y lo llevó consigo, dirigiéndose a su casa. Haciale preguntas y, sin esperar su respuesta, le hablaba de su doloroso pasado, de sus días tristes creyendo que su hijo había muerto.

—¡Ah! Una cosa.

Se detuvo y miró al suboficial con pena.

—Soy pobre, ¿sabes? La guerra me ha dejado sin nada... Pero esto supongo que no te importará.

—La vida de campaña me ha acostumbrado a pasarme sin muchas cosas.

—¿Me querrás entonces lo mismo?

Gastón besó la frente de su madre.

—¡Pues no he de quererla!... He sido yo quien pedí que se me destinase a Monto-Carlo, sabiendo que tú estabas aquí.

Alicia lo abrazó una vez más, con toda su alma llena de ternura, agradecida a aquel hijo al que no supo querer mientras fue niño y que ahora constituía toda su vida.

—¡Mi pequeño Gastón!

Tenía los ojos anegados en llanto.

—¿Lloras?

—Sí, lloro de alegría... Llora porque he



vuelto a recobrarle... acaso sin merecerlo más que otras madres que han perdido sus hijos para siempre.

Juntos entraron en la casita humilde de la Duquesa; la modestia de la vivienda no les importaba ni aun la advertían, porque la gloria de aquellos momentos en que se celebraba el magnífico misterio de la comunión espiritual de una madre y de un hijo, revestía las cosas de una apariencia espléndida.

Al mismo tiempo, en Villa Sirena Lubimoff recibía la sorpresa de ver aparecer a Castro muy alegre y como rejuvenecido, denotando algo así como si la savia de una nueva vida circulara por sus venas.

Ya no era el hombre de días atrás, cansado y triste. Sus ojos miraban con viveza y eran ágiles y prontos sus movimientos.

El Príncipe lo observaba con extrañeza, que subió de punta al oírle decir:

—Miguel, me he alistado para la campaña.

¡Que te has alistado... para la campaña!— exclamó el Príncipe cada vez con más asombro.

—Sí, hace una hora, escasamente.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Nunca estuve más cuerdo.

Ríese Lubimoff con sorna.

—¡Muy curioso!—exclamó.

Un nuevo soldado llegó al patio de Villa Sirena. Era Felipe Spadani.

—¿Usted también?—le preguntó el Príncipe. Seguía riéndose, un poco descortésmente.

—Ahora —dijo— me empiezo a convencer de que en el pecho de cada hombre duerme un corazón de héroe.

El músico sintió el pinchazo de la burla, y



—Ahora me empiezo a convencer de que en el pecho de cada hombre duerme un corazón de héroe.

él, que desde el instante en que, vencido a sí mismo, había roto con su pasado de hombre ocioso e inútil, comenzó a pensar en Lubimoff como en un enemigo de todo sentimiento elevado, quiso rechazar el sarcasmo de sus palabras.

—Perdóneme, señor...

Avanzó hasta el Príncipe, retándole con el orgullo del uniforme que vestía.

Entre nosotros—añadió—queda uno que aun no ha demostrado con los hechos esa verdad de que en el pecho de cada hombre duerme un corazón de héroe.

Lubimoff alzó la mano para castigar la réplica. Don Marcos de Toledo se interpuso.

—¡Miguel, amigo mío! Nuestro egoísmo nos mantuvo toda la vida en una absurda ceguera... Pero mis viejos ojos pueden ver al fin que en torno nuestro se alza algo que está por encima de nuestros apetitos, algo que se nos impone por la fuerza de su idealidad.

Nada de eso, Marcos—repuso Lubimoff con acritud—. Todo ese falso heroísmo significa que volvieron ustedes a las mujeres, que nuevamente sufren su dominación.

Ninguno protestó, aun cuando en sus actitudes se revelase claramente que ellas no eran los mismos que los que en una hora de tedio mortal, de abandono de sus almas, habían convenido los estatutos de un pacto cuyo lema era el odio a la mujer.

—Pero ni siquiera saben ustedes acercarse a ellas—presiguió el Príncipe.—Yo les enseñaré ahora el verdadero modo de volver a las mujeres.

Y aquella noche Villa Sirena fué escenario de una de esas esplendorosas fiestas que sólo Miguel Fedor sabía organizar.



Alicia se inquietó. Le asustaba que su hijo pudiera encontrarse con Miguel.



Todas las mujeres galantes que vivían en Monte-Carlo fueron invitadas a la fiesta.

El *hall* de la Villa quedó convertido en un salón fastuoso, con las paredes cubiertas de ricas estofas y el piso alfombrado. Grandes arañas de cristal colgaban del techo y enormes pebeteros exhalaban los perfumes de las especias aromáticas que se quemaban en sus tazas.

Poco después de comenzar la fiesta, en la puerta de una casita de modesta apariencia, Alicia despedía a su hijo.

—Aun no me has dicho por qué sales— indicó la duquesa de Lille.

—Un príncipe ruso, llamado Lubimoff, da un baile esta noche, y yo tengo orden de asistir a él para vigilar a los invitados.

Alicia se inquietó. Le asustaba que su hijo pudiera encontrarse con Miguel.

—Ten cuidado, Gastón. Ya sabes que el ducler te ha prevenido contra toda clase de excitaciones...

—Pero ya tengo que obedecer.

Pues bien, no pases de ser un espectador de la fiesta, y si algo ves que te desagrade... no hagas caso.

Su corazón de madre presentía la proximidad de un peligro.

—En casa de Lubimoff—prosiguió—se reúne lo más podrido, la hez de Europa... porque los mejores, entre los más malos, han acudido al llamamiento de su patria. Y a lugares como

éste sólo vienen los residuos de todas las vilezas europeas.

Se besaron, y Gastón se encaminó a Villa Sirena. Entre los invitados hallábase Felipe Spadoni, cuyo uniforme atrajo al suboficial.

Los dos jóvenes, hechas amigas, se acercaron al salón de la fiesta, donde el Príncipe preparaba uno de los alardes de mal entendida grandeza que tantas codicilas disfrazadas de amor despertara entre las mujeres de su mundo de placer.

Se respiraba una atmósfera aromada y caliente. Todo recato había sido suprimido, y las parejas rodaban por los suelos enlazadas y confundidas, ebrias de alcohol y de torpes deseos.

Oyóse la voz de Lubimoff, dirigiéndose a un criado:

—Entregad las joyas a estas señoritas.

Señalaba a tres, que salieron con él, volviendo a seguirle portando en sus manos magníficas bandejas de plata rebosantes de toda suerte de alhajas. Velanse mezclados los camaleos más valiosos y las fibulas de más bello trabajo: las perlas y los brillantes, las ajerecas y las diademas, todos los metales ricos y todas las piedras preciosas.

Las mujeres se alzaron deslumbradas.

—Arrojadlas aquí—ordenó Miguel.

Indicaba un enorme cáliz de alabastro, que se erguía sobre un pedestal en el centro de la sala.

Cayeron las joyas con un rumor cristalino y armonioso. En los ojos de los espectadores brillaba la codicia.

—En un momento—avisó Lubimoff a sus invitados—el aire se llenará de joyas, que caerán sobre vosotros como una lluvia de luz... ¡Coged cada uno las que podáis!

Con una varita oprimió un botón que había al pie del improvisado joyero. Se produjo una explosión. Alzáse una nube de humo, y de lo alto cayó la cascada joyante, sobre la que se arrojaron los invitados con frenesí, empujándose, golpeándose, pisándose las manos, dando alaridos de bestias...

Con las pupilas llameantes de crueldad, Miguel presenciaba la escena.

Gastón no pudo reprimirse y, acercándose a Lubimoff, le dijo:

—En estos tiempos en que el mundo se desangra y se arruina, ¿no puede usted hacer más digno empleo de sus riquezas?

El alma celosa del Príncipe fué recordando, viendo al joven, con aguda percepción, el carácter que le atribuía cerca de Alicia, y esto avivó el incendio de su cólera.

—¡Yo haré siempre el uso que me plazca de lo que es mío!

Le volvió la espalda, yendo a mezclarse con las pobres mujeres que se arrojaban sosteniendo una lucha feroz por apoderarse del mayor número de joyas posible.

Miguel cogió del brazo a una de sus víctimas, que le mostró un collar de perlas.

—¡Suéltalo!—le dijo.

La mujer no quiso obedecer. Miguel entonces



—Lo que usted hace es una cobardía.

le retorció la muñeca, haciéndole lanzar un grito.

Gastón se indignó. ¿Qué le importaba a él la causa de la agresividad que leía en el rostro del Príncipe?... Vela sólo una mujer amenazada... ¡y él era un caballero!

—Lo que usted hace—gritó a Miguel—es una cobardía.



El tono con que el oficial habló en defensa de la mujer excitó aún más la cólera de Miguel.

—¡Joven!—dijo con voz dura.

Esa simple palabra fué seguida de una mirada de altivez, de superioridad aplastante. Para él no existía ya el oficial.

—¡Joven!...—repitió.

No pudo terminar. Su voz amenazante indignó al hombre vestido de uniforme. ¡Haber arrostrado la muerte durante tres años entre miles de camaradas que estaban ya bajo tierra; despreciar la vida; despojarse para siempre, en fuerza de aventuras angustiosas y de heridas atroces, de ese miedo que el instinto de conservación pone en todas las seres, para que ahora, en una ciudad de placer, un hombre rico y poderoso, pero que no había hecho nada útil en su existencia, se atreviese a amenazarle!.

Rápidamente su mano se disparó contra el rostro del Príncipe.

Lubimoff lanzó un rugido y de un puñetazo derribó a Gastón.

—Designa a dos amigos para que se entiendan con los míos—dijo el oficial con voz débil antes de levantarse.

Miguel dió sus instrucciones a Toledo. Un encuentro en duras condiciones, como aquellos que él había presenciado en Rusia. No podía ser menos: había recibido una bofetada.

—Príncipe, hay que pensar que ese pobre joven es un convaleciente, casi un inválido—

dijo Marcos—. De modo que el duelo no podrá celebrarse a sable, como usted desea.

Un sentimiento de equidad le hizo aceptar la decisión de Toledo. Aquel enfermo no era un enemigo digno de su sable; había que esta-



—Miguel va a batirse con un pobre muchacho enfermo.

blecer cierta igualdad entre los dos, y para eso servía la pistola, única arma que se presta a las sorpresas y a los caprichos del azar.

*De todas maneras lo mataré,* pensó Lubimoff, acordándose de sus habilidades de tirador.

Minutos después los adversarios se encon-

traban en el terreno donde debía celebrarse el duelo.

Se sortearon los puestos y las pistolas.

Actuaba de juez don Marcos de Toledo.

Mientras tanto, Atilio Castro había corrido a encontrarse con la duquesa de Lille.

—Miguel va a batirse con un pobre muchacho enfermo—le dijo—. Un oficial del Servicio de Informes que fué a la Villa a cumplir su deber... ¡Yo no puedo impedirlo, y a usted tal vez la escuchará!

Paralizada por la emoción, Alicia no supo qué hacer ni qué decir.

—¡Venga!

Este grito de Castro la sacó de su inmovilidad.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Esa na!... Corramos.

Tomaron un coche, al que dieron orden de que los condujese a escape al sitio del duelo.

Los duelistas se habían colocado frente a frente.

Don Marcos dió una pistola al Príncipe y entregó otra al teniente. Luego, situándose a mitad de la distancia que separaba a los contendientes, apartándose unos cuantos pasos nada más de la línea de tiro, gritó:

—¡Uno!

Sonó un tiro. Gastón, que sólo pensaba en el terrible número de tres, había disparado antes de tiempo.

Vió enfrente al Príncipe, que parecía mucho más alto; vió el agujero negro de su arma, y sobre este agujero un ojo de glacial ferocidad

escogiendo un punto en su persona para enviar la bala. Y con una arrogancia maquinal giró sobre sus talones, para no permanecer de perfil, ofreciendo todo el ancho de su cuerpo.

—¡Dios! —suspiró don Marcos.

Se acercaba el coche de Alicia. La pobre madre no veía el momento de llegar... y quería salvar a su hija (aunque tuviese que detener la bala con su propio pecho).

—¡De prisal! ¡Mas de prisal! —pidió al conductor.

Los caballos se encabritaron a los golpes de la fusta, redoblando su carrera.

Y el duelo, en tanto, seguía. Una implacable expresión de seguridad se desprendía de Miguel, con el brazo tendido, duro e inmovible. Era tan fatal la expresión de su rostro, con un ojo muy abierto y el otro cerrado, que todos pensaron:

Le va a matar.

Orgulloso de su superioridad, el Príncipe retardaba el momento de dar la muerte. Tenía al enemigo bajo su zarpa.

—¡Tres! —dijo el general.

Sonó un tiro. Gastón permanecía en pie. Miguel había disparado a la alto.

De pronto, cuando los adversarios se tendían la mano, aparecieron Alicia y Castro.

Gastón vaciló, llevóse las manos al pecho y cayó muerto.

El médico se inclinó sobre él.



—La impresión ha sido violentísima para su corazón enermo... ¡Todo acabó ya!

Alicia se arrojó gemidora sobre el cadáver:  
—¡Es mi hijo! ¡Mi hijo!...



— Es mi hijo! ¡Mi hijo!

Miró a Miguel, cuyos ojos se desorbitaron al oírla.

—¡Has matado a mi hijo!

El Príncipe retrocedió y cubrióse la cara con las manos.

La Duquesa se llevó al muerto. La acompañaba Castro.

Los padrinos del duelo tomaron una dirección contraria.

El único que estaba junto al Príncipe era don Marcos.

¡Vamos, Miguel! ¡qué es eso?... ¡Serenidad! Toledo oyó un estertor angustioso, un jadeo de pecho oprimido.

Respetuosamente apartó una de las manos del Príncipe, dejando su rostro al descubierto, un rostro pálido, surcado por las lágrimas.

Lukinoff lloraba, aceso por primera vez en su vida.

El general tiró suavemente de él y se sintió seguido por el Príncipe, inerte y sin voluntad.

Quiso quedarse solo, y despidiéndose de don Marcos. A pasos lentos dirigióse a Villa Sirena, donde aun permanecían sus compañeros de libertinaje, yacientes en el sueño de la última orgía.

Sus ojos se fijaron en aquellos seres odiosos, sus camaradas en el vicio, y la ira terrible de su alma de esclavo erigió dentro de él impetuosamente.

Tomó un látigo, aulló como una bestia, y aquella multitud corrompida, sin comprensión para su ira flageladora, sin valor para la protesta, y que no podía moverle a la piedad, huyó con las espaldas cruzadas por los latigazos del Príncipe.

—¡Fuera!

Corrieron en confuso tropel hombres y mujeres, precipitándose hacia las puertas.

—¡Fuera! gritaba Lubimoff.

Su brazo manejaba el látigo, hiriendo las carnes blancas de las mujeres y trazando en los rostros de los hombres rayas sangrientas.

Y Villa Sirena fué envuelta por el silencio del amanecer.

De pie, inmóvil, Miguel meditaba. Ante él pasaba, en un desfile lastimoso, toda su existencia en que el vilipendio del vicio pastara su estigma.

De nuevo las lágrimas acudieron a sus ojos.

¿Qué he hecho yo hasta hoy?—se preguntó.

A nadie había favorecido. Nunca su palabra supo encender en las almas de sus semejantes la llama luminosa de ninguna verdad.

Y entonces tuvo una visión de ensueño, rayo de luz divina como el que derribó a Pablo del caballo, y que fué para el espíritu atemorizado del Príncipe su camino de Damasco.

—No os engañéis; Dios no puede ser burlado. Lo que quiera que un hombre siembre, eso recogerá. Y aquellos que siembran egoísmos, perversos placeres y delito en el mal, recogerán el vacío de los corazones, la aversión a la vida.

¿De dónde venía esta voz que le mostraba las nuevas rutas que debía seguir?

—Ningún hombre vive para sí mismo. Todo hijo de mujer debe llevar su carga de deber y de sacrificio. En el camino de cada hombre hay siempre una cruz.

Lubimoff escuchaba las palabras que le dictaba su propia alma, hasta entonces desconocida.

—El servicio de la Humanidad es el único servicio que el hombre puede rendir a Dios. El sacrificio de sí mismo es el único sacrificio que a Dios place aceptar.

El príncipe sentía como dentro de sí comenzaban a florecer los brotes de la virtud. Habíase sumergido en el dolor, y este bautismo, limpiándolo de toda impureza, devolvía a su espíritu la pureza infantil.

—Sólo se halla la paz del espíritu en el cumplimiento del deber.

Avanzaba la mañana. La luz inundaba los salones de Villa Sirena.

Miguel miró a su alrededor y salió.

Algunos días más tarde, Lubimoff, tomando parte en los sufrimientos del mundo, vestía el uniforme de voluntario y partía para la guerra.

Su aprendizaje de héroe le fué fácil. Sangre de valiente circulaba por sus venas, y de él pudo decirse que fué el primero en los avances y el último en las retiradas.

No conocía el miedo. El trágico espanto de los combates no se apoderó nunca de él. Tenía el orgullo del uniforme y trataba de honrarlo buscando el peligro y mostrándose digno compañero de los jóvenes que regaban con su sangre los campos del centro de Europa.



## EPÍLOGO

Las terribles convulsiones de la guerra han pasado. Bajo el Arco de Triunfo desfilan, en la capital de Francia, las tropas victoriosas.

Parece como si la vida, adegada por las rojas nubes del combate, resurgiese más fuerte y con nuevo vigor para emprender las rudas tareas de la paz.

Suenan los clarines de la victoria. Las multitudes saludan a los héroes que vuelven de la guerra. Muchos son los que llevan luto en sus trajes y en sus corazones; pero ahora todos piensan en lo mismo: en que la tragedia ha concluido.

La esperanza conduce su ramo de olivo y le ofrece a todos los hombres.

Una era nueva comienza para el mundo.

—Acordaos de los muertos!—grita alguien.

Y sobre la tumba del soldado desconocido los pueblas hacen la ofrenda de una corona de flores y de una oración.

En Villa Sirena, que Lubimoff antes de partir al combate transformó en hospital, los últimos despojos de la lucha convalecen de sus heridas.

Miguel acaba de regresar, y entra en su antigua residencia, morada que fué del placer y es hoy templo donde se consagran las mujeres al cuidado de los enfermos.



En Villa Sirena, que Lubimoff transformó en hospital, los últimos despojos de la lucha convalecen de sus heridas.

Cruzóse con Alicia, que conducía del brazo a don Marcos de Toledo, un viejo achacoso y temblón.

Los tres se detuvieron, y las palabras sólo fueron débiles balbuceos, porque la emoción sandaba las gargantas.

En los ojos del general asomaron unas lágrimas.

—¡Príncipe—dijo—, estoy orgulloso de usted. Don Marcos sonreía lloroso, contemplando a Miguel Fedor vestido con el uniforme de



Buscó a la duquesa de Lille.

oficial del ejército francés y con el pecho condecorado.

Se estrecharon las manos, y Alicia y el general salieron. Nada se dijeron el Príncipe y la Duquesa. Pero hablaron sus ojos, y Miguel sintióse feliz.

Dirigióse a los jardines. Pasó la sombra de una mujer guiando a un hombre. Eran María

y Felipe Spadoni, este último ciego, apoyándose en un bastón, que tanteaba en el vacío. La trágica negrura de sus pupilas muertas sólo conocía la noche eterna que le rodeaba.

Lubimoff se descubrió al paso del ciego y de la anciana madre.

Sólo para Victoria Spadoni había tenido compasión el destino, no extremando la crueldad con el objeto de su amor.

Allí estaba, teniendo entre sus manos las de Atilio Castro, a quien una tala hiciera en las piernas obligándole a permanecer sentado.

Pero el curarla pronto, y para los dos jóvenes la vida guardaba las más bellas promesas.

Lubimoff sintió un poco de envidia de la felicidad que expresaba el rostro de su amigo.

Buscó a la duquesa de Lille.

Seguía siendo una hermosa mujer. Apenas si unos cuantos cabellos blancos alteraban la negrura de su pelo cerca de las sienes.

—Alicia.

Ella lo miró con serena alegría.

—¡Oh, Miguel, qué engañados, qué ciegos estuvimos!

Hablaba suavemente, con una voz que había perdido los matices vibrantes de otros tiempos, para endulzarse adquiriendo ese tono suave de mujer que habla a un enfermo con cadencias de madre.

—La vida—dijo—no se nos dio para la satisfacción propia, que seca el corazón.



—Lo sé... Es una verdad que he aprendido horas antes de partir para las trincheras.

—La plenitud de goce en que hallan su triunfo las almas, está en la abnegación y en la piedad.

Callaron. En silencio oyeron lo que querían decirse sus almas, que, durante tantos años, habían andado errabundas, yendo de tumbos en tumbos, sin oriente que las guiase, precipitándose en los abismos que hacen fulminar los gritos de maldición.

Lubimoff atrajo a sí a Alicia, sin que ella le opusiese resistencia.

Y nosotros que hemos aprendido esta verdad en el sufrimiento... ¿no encontraríamos aún un poco de felicidad en la unión de nuestras vidas?

Alicia no contestó; pero el rayo de luz que iluminó sus pupilas dijo lo que sus labios callaban.

FIN

---

REVISADO POR LA  
CENSURA MILITAR

---

## La Novela Semanal Cinematográfica

es la simpática publicación cinematográfica aprobada unánimemente, por las selectas novelistas que ofrece para todos los gustos.

82 números publicados hasta hoy

Sale en toda España los miércoles

### PRECIOS

#### NÚMEROS CORRIENTES:

Novela y postal:  
25 céntimos

#### NÚMEROS EXTRAORDINARIOS:

Novela y postal:  
50 céntimos

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 2 ediciones. 2, El Valle Florido, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre a hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sanson, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Buenos juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio gordo, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robin de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Ocho la francesita, 2 ediciones. 29, La hija del pasteur, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres frívolas, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapiro, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame



Morland (extraordinario); 3 ediciones. 12, Un juego peligroso. 13, De mal agüero. 14, Veintitrés horas y medio de permiso. 2 ediciones. 15, El delincuente. 16, La hija del arrabal. 17, El rancho del oro. 2 ediciones. 18, El falsario. 19, De los confines del silencioso Norte. 20, Entre hielo. 21, La Rosa de Nueva York (extraordinario); 2 ediciones. 22, El precio de la belleza. 23, Contra viento y marea. 2 ediciones. 24, No me avides. 2 ediciones. 25, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 26, Sacrificio de amor. 27, Eugenia Grandet. 2 ediciones. 28, La Bohème (extraordinario); 3 ediciones. 29, Pobre Violeta. 30, Realidades de la vida. 31, Estaba escrito. 32, Las dos huérfanas. 3 ediciones. 33, El pescador de perlas. 34, La su ventura (extraordinario). 3 ediciones. NUMERO ALMANAQUE. 35, La pequeña parroquia. 36, Frou-Frou. 37, La famosa señora de Fair. 38, La apuesta sensacional. 39, El Secreto de Polichinela (extraordinario). 40, La Quinta Avenida. 41, El duodécimo mandamiento. 42, Maruxa. 43, La hija del Nuevo Rico. 44, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 45, Relámpago. 46, La Doctores. 47, Como la arena. 48, La cuna vacía. 49, El encanto de Nueva York. 50, Borrascoso amanecer (extraordinario). 51, Rosario la Cortijera. 52, La película sin título. 53, Una mujer como otra cualquiera. 54, Todos los hermanos fueron valientes. 55, La batalla (extraordinario). 56, Espejos del Alma. 57, Gloria fatal. 58, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 59, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 60, El muchacho de París. 61, Las sentencias del destino (extraordinario). 62, Redención.

#### Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary Douglas. 9, Frances Bortini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavonelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Albee Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Saeko Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, George Blot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Key. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Blana Makowska. 34, Jiggs Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Rio. 37, Alice Terry. 38, H. O. Gibbon. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Teun Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mahel Normand. 50, Gustavo Soren. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Ullrich Swanson. 56, Roldo Valentino. 57, May Mac Arroy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margaret Livingston. 62, Brenda Zeckert. 63, Mae Murray. 64, «Snob» Pollard. 65, Bobé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carmichael. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tam Moore. 83, Berale Love. 84, Wesley Barry. 85, Miss Robine. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (Especial). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Mansini. 92, Douglas Mac Lean.

¿Tiene usted interés en coleccionar las mejores producciones cinematográficas?

Adquiera todos los libros que publicamos en la



Pues escogemos los mejores asuntos, que por su originalidad y sentimentalismo cautivan a todo buen amante de buena y sana literatura.

LEA A CONTINUACIÓN LOS TÍTULOS DE  
LOS LIBROS PUBLICADOS HASTA HOY

1.<sup>er</sup> LIBRO

**LOS HIJOS DE NADIE**

2.<sup>o</sup> LIBRO

**EL TRIUNFO DE LA  
MUJER**

3.<sup>er</sup> LIBRO

**EL PRISIONERO DE  
ZENDA**

4.<sup>o</sup> LIBRO

**EL JOVEN MEDARDUS**

5.<sup>o</sup> LIBRO

**LOS ENEMIGOS DE LA  
MUJER**

|| DE RESONANTE ÉXITO ||



FORME USTED  
LA BIBLIOTECA  
**COLECCION DE  
OBRAS MAESTRAS**

DE  
**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

y tendrá en casa los argumentos novelescos  
de obras de maestros inmortales, llevadas  
a la pantalla.

**PRONTO**

aparecerá el segundo libro de esta colección

**EL PAGO QUE DAN  
LOS HIJOS**

de gran asunto sentimental.

Primer libro ya publicado:

**FERRAGUS (Los trece)**

Precio increíble: **UNA PESETA**

